

EL CONOCIMIENTO ANTINOMICO

ENSAYO DE UNA FILOSOFÍA DEL GESTO

Esta obra es propiedad del
SIBDI - UCR

POR

MOISES VINCENZI



1 9 4 0

San José, Costa Rica

.....
Propiedad literaria de
Isa María Vincenzi
.....

*Al periodista José Angel
Zeledón dedico fraternal-
mente esta obra.*

Moisés Vincenzi.

1940.

El hombre—pensador, sabio, artista, obrero—ha elaborado innumerable cantidad de sistemas, con el fin de explicar su existencia y su medio. Excepcionalmente ha reconocido la necesidad de analizar su propia razón de querer, de sentir, de pensar y de obrar. En el mayor número de las oportunidades, el sistema o modo de ver las cosas ha sido o es un recurso para satisfacer las necesidades vitales con los medios directos de satisfacerlas. Poco, y a veces nada, le ha interesado el raciocinio trascendental de las cosas.

Esa idea pragmática nace en los bajos fondos de la intuición y del instinto; y se eleva hasta el fenómeno de lo trascendente. Es, pues, el hombre, un sér pragmático; una cosa particular que lo refiere todo a sí misma: a sus necesidades y a los instrumentos con que labora a efecto de satisfacerlas. Es una finitud que tiende a agrandarse con el sistema global del sabio o del filósofo, barajando la idea de infinito, sin conocer su propio alcance; lo particular que desea trasmutarse en lo general; lo simple en lo compuesto; la parte en el todo. Una idea integral contradictoria en su voluntad, en su sentimentalidad y en su inquietud racionalizante, que no tiene otra justificación que la de existir a pesar de las lógicas más avanzadas. El hombre es, en tanto que sér razonador, y por esencia, un ente contradictorio.

No cabe en la razón conocida, la existencia de lo contradictorio: luego desconoce al hombre en su esencia; y hace falta una razón nueva que acepte una categoría contradictoria dada, para cada verdad dada. Ejemplo: el hombre es

finito; en cuanto entidad racional es la parte que desea conocer el todo o, al menos, algo más grande que su finitud. Sin esta voluntad de conocimiento, imperativa, por lo demás, dejaría de ser hombre. Por tanto, se impone que exista en forma imprescindible, pero contradictoria. Otro ejemplo: todo está regido, naturalmente, por leyes necesarias; por otro lado, pertenece al hombre el libre arbitrio. Sin estos términos contradictorios e imperativos, el ser humano dejaría de serlo en su aspecto más grave: el moral. Otro: el conocimiento demanda un punto de partida evidente para desenvolverse. No obstante, la evidencia es un fenómeno diferente en cada espacio y en cada tiempo particular: no existe la unidad absoluta evidencial, determinada por algún límite metafísico. Toda evidencia tiene un clímax distinto, relativo a las calidades de quien lo contempla, en un solo momento y en un solo espacio dado. En resumen: hay que partir de un punto preciso que no existe. Otro: si el sentido de responsabilidad del libre arbitrio existe de algún modo es para que el hombre cambie y mejore impulsado por su propia fuerza. En consecuencia, existe el cambio evolutivo. Cambiar equivale a hundir en la nada lo que se pierde en el cambio. Y de la nada no sale nada; ni entra nada a ella, sino en forma contradictoria. Sin embargo, ¿nos es lícito prescindir de la idea de progreso? Otro ejemplo: en el mundo todo tiene una finalidad armónica que impone la idea de Dios. Por otra parte, sin lo feo no existe lo bello; sin lo malo no existe lo bueno; sin lo imperfecto no existe lo perfecto. Luego existe la suma perfección de Dios, autora de lo malo y de lo feo. Términos tan contradictorios como necesarios: la razón humana no puede prescindir de su influjo.

Hay tantas contradicciones como verdades cree conocer el hombre. Y cada una de estas verdades contradictorias supone a las otras y es supuesta por ellas. No hay, por esto, sólo cuatro antinomias: innumerables. La nueva razón lo admitirá de esta suerte; su trabajo consistirá en precisarle a cada ser, en un momento y en un espacio dado, su contradicción relativa.

3

La unidad absoluta no existe: habría de ser una y única; no ser temporal porque el tiempo es múltiple; ni espacial, por el mismo motivo. Pero es imprescindible referirse a ella porque, sin su concurso, la matemática, ciencia de lo concreto y de lo directo, desaparecería esencialmente. Es decir que hay ciencias que en el fondo no existen y cuya existencia es necesaria. La nueva razón conocerá, a fondo, en lo porvenir, este embolismo fantástico del conocimiento.

4

Lo irracional de que habla la fenomenología moderna pertenece a lo racional futuro: es el mundo de las antinomias. Lo no contradictorio—que no existe, en rigor—será, en lo porvenir, un estado inferior del ente lógico. Corresponderá al objeto empíricamente observado por los sentidos.

5

La razón busca explicar de una manera llana y simple, el inevitable complejo de los seres. Es decir que los transforma para explicarlos. Así no se alcanza precisamente el objetivo propuesto: se obtiene un tercer término que no se esperaba encontrar. Y a esta entidad imprevista la denominamos conocimiento.

6

El conocimiento supone la identificación del sujeto cognoscente con el conocido; supone que tanto el uno como el otro, han de desaparecer en él. ¿Es posible este conocimiento absoluto?

7

El conocimiento es un juego de relaciones: no la verdad absoluta.

Si no existe el conocimiento absoluto, no es necesario buscarlo: el hombre vive de lo relativo, saciándose del modo más eficaz posible.

La verdad clásica ha aspirado a fijar, dentro del espacio móvil,—y en cada circunstancia—un modo limitado de ver los fenómenos. Aun los filósofos del devenir, desde Heráclito a Bergson, no han pretendido otra cosa. La contradicción es clara: equivale a suspender una gota de agua en un punto fijo de una catarata, donde todo se desploma vertiginosamente. Y la vida es un desborde supremo, como el cosmos, en que la piedra misma fluye a la manera del agua.

El deseo de conocer tiene dos poderosas justificaciones de carácter capital: 1ª: el hecho de existir le señala un destino propio; 2ª: el de ser un instrumento pragmático en la lucha del hombre consigo mismo y con el medio en que opera, lo perdona y lo ennoblece.

La razón integral reclama como unidad relativa de conocimiento, un volumen ideológico lleno de pasión—flujo vital derivado de sus múltiples fuentes— y capaz de ser dirigido por un grupo de impulsos dados de voluntad. La idea simple es para el nuevo raciocinio, un esqueleto; el flujo emotivo, la carnadura que habrá de cubrirlo; y los impulsos voluntarios, la fuerza que echa a andar al cuerpo entero hacia un propósito relativo.

Cada época tiene una verdad, una justicia, una belleza relativas a su propia índole. Sería absurdo pensar que Aristóteles fuera un maestro eterno de lógica. Pero, además, se debe suponer que existen mundos habitados superiores al nuestro, donde la razón de Stuart Mill no sería otra cosa que un juego de niños.

¿Materialistas, escépticos, pesimistas, optimistas, espiritualistas? Cualquiera de estas actitudes, mientras no sepamos trascenderlas con el inagotable recurso de lo infinito. Queremos decir que todo es TRASCENDIBLE.

La ciencia ordena lo que la filosofía explica; y lo que el arte vive después de explicado. El conocimiento tiene sus peones, sus amos y sus reyes. La razón nueva hará de cada hombre su peón, su amo y su rey.

El raciocinio futuro trascenderá a los pares de opuestos. Para él lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo afirmativo y lo negativo, serán modos de apreciar las cosas; pares de ventanas del castillo interior, que serán multiplicados cuando el edificio se sustituya por otro más grande, el que a su vez habrá de ser superado luego y agujereado por un mayor número de puntos de vista. Cuando esto ocurra, lo afirmativo y lo negativo, hechos dos simples agujeros de la razón, habrán de pertenecer al ya preterido mundo de lo antinómico, cuyo nacimiento espera, con tanta zozobra, el filósofo contemporáneo.

La filosofía clásica, que estima lo contradictorio como inexistente, ha marcado la primera etapa de la razón humana; la antinómica, que reduce toda verdad a sus raíces contradictorias e ineludibles, constituye la segunda etapa; y sobre esta última habrá de aparecer la que trascienda el connubio de lo afirmativo y de lo negativo. Aunque la primera no ha agotado sus problemas, se ha declarado en crisis, antes de plantearlos todos o de resolverlos todos. Y de esta suerte ocurrirá con las otras dos.

Pretender la estabilidad de la razón clásica, de la antinómica o de la hipercontradictoria, es imaginar que los hombres correspondientes a estas etapas, han dejado de ser finitos. La complejidad de las razones futuras no alcanzará nunca a la del cosmos.

La sabiduría humana no es otra cosa que un problema de actitudes frente al misterio de la Divinidad.

Si la actitud entraña la verdad relativa a un hombre, en un tiempo y en un espacio dado, la verdad sin gesto de la ciencia, es un odre sin vino.

La ciencia clásica está satisfecha de sus conquistas, por lo que tienen de práctico y no por lo que puedan determinar como verdadero. No hay dos rieles iguales: no obstante, el tren camina sobre ellos. Esto es cómodo, pero no quiere decir, en sustancia, que la identidad exista. La ley, sin la igualdad absoluta, no es más que la ilusión de identificar con ella, fenómenos particulares análogos, pero diferentes. Y sin ley no hay ciencia clásica.

La filosofía antinómica desacierta menos que la clásica, puesto que acepta, para cada verdad, un clímax contradictorio especial, que la otra repudia. Acepta, por ejemplo, la necesidad del ser humano al par del libre arbitrio que lo dignifique. Acepta que el conocimiento es necesario en virtud de su misma existencia, aunque el sujeto cognoscente deba ser distinto a la cosa conocida; que el hombre, cosa finita, intente conocer la parte de un ser infinitamente mayor, sólo cognoscible por el todo mismo que la subordina a sí mismo. La filosofía clásica ha dado las espaldas al mundo propio, en dos formas: afirmando, por un lado, la existencia de lo no contradictorio; y negando, por el otro, lo antinómico.

El arte clásico ha hecho, de lo bello y de lo feo, dos unidades fijas, de valor universal y eterno. Y la realidad—actitud estética de cada hombre, de cada raza, de cada época—es tanto más artística, cuanto más particular, patética y viva se manifieste; cuanto menos conceptualista y abstracta sea; cuanto más peculiarmente hiera el sentido de un clímax dado en el espacio y en el tiempo. Lo bello y lo feo son dos modos de ver las cosas, tan relativos, como abundante es la naturaleza en recursos de vitalización artística. Más allá de lo bello y de lo feo; y más acá y más allá del más allá de lo feo y de lo bello, encontrará cada hombre, cada raza y cada época, un pathos nuevo e inconfundiblemente suyo, de apreciación artística.

La teoría de la conducta ha de ser más durable y honda, que la científica y la filosófica. Por eso la moral cristiana se impone más allá de la escuela artística, de la teoría científica, del sistema filosófico. Es decir que hay pares de opuestos más trascendibles que otros. A esta circunstan-

cia se debe, en parte, el hecho de que las etapas filosóficas no se puedan delimitar dentro de un cuadriculado exacto.

23

Goethe armonizó las más altas ideas de su tiempo; las conceptualizó Kant; y, con su pasión desbordante, las vitalizó Nietzsche. Todo esto es trascendible.

24

El mejor destructor es el más capaz de construir.

25

No se pueden destruir los fundamentos de una época, sin haberlos vivido hondamente.

26

Las células del espectador viven, por él, su drama, a despecho de todo.

27

Pregunta a Freud: remover los bajos fondos del alma, ¿no equivale a enturbiar el agua para beberla?

28

La razón clásica es a la antinómica, lo que un plano a un volumen; y en el mejor de los casos, lo que un volumen a un hipervolumen.

29

La tragedia del conocimiento consiste en que el hombre desee fijar en la conciencia movable, un hecho también movable, para constituirlo; en que aspire, con capacidades fluyentes, a enmarcar la verdad en un estatismo incógnito.

12

30

Si la mayor parte de los fenómenos anímicos no se justificara por el solo hecho de existir, sembrarían ellos entidades ciegas, sin propósito alguno.

31

Lo que más vale en el conocimiento no es, precisamente, la relativa verdad que alcance: es su actitud de alcanzarla. Sin ella, tras el fracaso ininterrumpido que escamotea el conocimiento absoluto de las cosas, vendría el vacío: cosa aún más grave que el engaño mismo. La actitud de buscar justifica, de un modo contradictorio, la ausencia del propósito fijo, uno y único, en que los sabios sitúan el menguado orgullo de la seguridad científica.

32

¿Busca realmente el hombre lo que desea? ¿Desea lo que encuentra? ¿Sabe, en el fondo, cuál es su deseo? Casi nunca sabe lo que busca; en muy raros casos ama lo que encuentra; y parece ignorar siempre sus verdaderos deseos, si los tiene en relación con alguna cosa dada. Sin embargo, come y vive.

33

La nobleza del gesto reside en que él es un fin en sí mismo.

34

La verdadera cultura es el gesto más hondo frente al enigma.

35

Cualidades esenciales del gesto: pureza, pasión, dirección, fuerza, gracia, naturalidad... Si es fino y no es puro, es falso; si es puro y no pasional, es frío; si pasional y no

13

dirigido, es ciego; si dirigido pero débil, retardado; si fuerte pero torpe, ineficaz; si gracioso pero afectado, perdida su gracia. La cultura, que es el máximo problema del gesto, ha de ser, por tanto, el más calificado de los símbolos: el del gesto supremo.

36

La verdad más útil del hombre está en la integridad objetiva y subjetiva del gesto. Si la cultura la solicita, la vida, en cambio, la exige. Tan natural es el gesto, que el hombre mismo no es más que un signo gesticulado de la naturaleza. El gesto íntegro es el más sólido brote de las fuerzas divinas.

37

El gesto no sólo decora: se realiza a sí mismo.

38

Todo lo que es gesto es realidad y símbolo de otras realidades. Por eso la cultura—el gesto supremo del hombre—pone y guarda, más allá de sí misma, su propia superación; así fluye y deviene.

39

Lo relativo, en cuanto se afirma, es absoluto: tal es su manera de ser contradictorio. La relatividad se acerca más, sin embargo, que lo absoluto, a la verdad humana: de aquí su victoria relativa sobre él.

40

Lo humano y lo divino, ¿son términos que se excluyen? ¿Qué limita a lo humano y qué a lo divino? ¿Existe el límite? De ser lo absoluto, habría de ser cosa divina. Pero si no hay límite entre lo uno y lo otro, lo absoluto y lo relativo

14

se amalgaman poderosamente en lo infinito. La verdad es que en la esencia de la relatividad afirmada, aparece, el signo de lo absoluto, de un modo inconfundible.

41

En el fondo de todo aparece la propia negación de todo. He aquí una frase que desconoció la filosofía clásica, desde Aristóteles a Hegel. Completémosla: en toda negación se afirma algo: al menos, el poder mismo de negar. Pero, ¿no se aburrirá algún día el hombre de afirmar y negar tan sólo? El crecimiento de sus facultades traspondrá, en un impulso vertiginoso, lo afirmativo y lo negativo unos, únicos y absolutos de esta desmedrada filosofía clásica.

42

Si lo uno es relativo y lo relativo, al afirmarse, se hace absoluto, en cierto modo, luego lo uno se resuelve, en esencia, en lo absoluto. Lo uno relativo y absoluto a la vez, será una de las más sólidas paradojas de la filosofía futura.

43

Hay infinitas maneras de acercarse a la realidad: poniéndose en contacto con su imagen; estrechando, lo más posible, este contacto; sumergiéndose en su propia masa; transfundiéndose en ella, etc., etc....

44

No siempre la duda es el resultado de un **flirteo** con lo afirmativo y con lo negativo: a veces se trata de un tercer término que intenta trascenderlos. La filosofía clásica no lo ha comprendido: se descarrila fuera de los pares de opuestos.

15

El universo es para la filosofía clásica un amontonamiento único y armónico de estrellas, lo mismo que para Aristóteles, la verdad, un sistema de silogismos; y para Hegel, una sucesión de seres lógicos... Para unos el cosmos es panestelado; para otros, pansilogista o panlógico, panmonádico o panatómico. Y aunque hay estrellas, silogismos, lógicas y átomos, existen desde el punto de vista humano, pero no de otros modos posibles. Más allá de las estrellas—¿no podrán ser, tan sólo, simples partículas de un individuo enorme que pueble la estepa infinita?—el universo se multiplica en formas diversas; la *Lógica* de Aristóteles no es otra cosa que un adoquín de las catedrales futuras; y se sabe que más acá del átomo se expanden mundos lejanos; y más allá de las ideas planas de la filosofía clásica y los conocimientos integrales del hipervolumen, sonríen los dioses futuros y también efímeros, de la ciencia, la filosofía y el arte.

La más fina y elevada forma de existencia es, para el hombre, el mundo de lo consciente: su objetivo capital, el conocimiento. Vano sería suponer que, sobre estas cosas, no hubiera algo más hondo. Lo mejor no tiene límite. ¿No hemos visto que, la razón misma clásica o corriente, puede y debe ser superada? Si la tierra tuviera un volumen veinte veces mayor, su ciencia, su filosofía y su arte serían mucho más complejas, en progresión geométrica. En las noches de verano veo el cielo poblado de mundos inmensos y mi conciencia se dobla, sobre sí misma, como una flor silvestre perdida en lo infinito. Mis labios se llenan de asombro y pronuncian una sola palabra: ¡Dios!

Lo definible—¿hay algo que lo sea de verdad?—es lo pequeño; lo indefinible—¿hay algo que no lo sea?—es lo

grande. Dentro de la razón clásica de los pareados, me parece que este es un pensamiento útil y claro.

Definir es poner un signo de reconocimiento a las cosas: no es englobarlas esencialmente en palabras o en ideas. Las cosas definidas se reservan, fuera de la conciencia humana, su secreto esencial. Hay que tomarlo en cuenta para ampliar, cada vez más, la meditación sobre ellas. Así el secreto puede florecer y florece en nuevos e insospechados estímulos. De otra manera, la tendencia a cristalizar signos, ideas, imágenes, gestos, en una palabra, se traduce en quietud y en herrumbre.

El erudito es un archivo de signos vivos. Si lo es de cosas griegas tiene el alma poblada de danzas, de controversias, de imágenes fluyentes; las reproduce y medita sobre ellas; las interpreta, las pule, las recorta, las funde en sí mismo. Es un creador helenista: es Goethe o es Renán, aunque no hablen del Atica.

Una idea es comparable a una célula; una idea con su emotividad completa, a un sistema orgánico; y un sistema orgánico de esta especie, dirigido por la voluntad, a un sér vivo que anda. En el conocimiento integral se mueve todo hacia los más inesperados rumbos de la rosa geográfica.

Se define y sistematiza por la incapacidad de ser lo que se define o se sistematiza. Definición y sistema son fragmentos, imágenes, signos o simples reflejos de los seres. Las palabras son sus conductos. Sobre ellas, como sobre un puente,

pasan, como un desfile de sombras, esos reflejos, esos signos, esas imágenes, esos fragmentos.

52

La palabra VERDAD no es más que un resplandor simbólico del fuego supremo; y SIMBOLO, el calor y el consuelo en la antesala sin fin.

53

El hombre vive de realidades directas; su mente, de símbolos.

54

Sean como sean las cosas, tenemos sobre ellas un poder sublime: el de vivirlas.

55

Al indagar la verdad buscamos reconocernos a nosotros mismos, en lo infinito.

56

Como no hay nada que no esté unido a todo, el NO—YO no existe.

57

La diferencia que hay entre lo sutil y lo tosco es distinta a la que existe entre éste y aquél: A no es a B, como B es a A salvo en la abstracción matemática, cuya verdad figurada no tiene aplicación directa y absoluta en la vida. Creer en la verdad numérica es una necesidad paradójica, en las esferas del conocimiento antinómico.

18

58

Lo determinado absoluto sólo podría existir por influjo del límite absoluto. Más real es lo indeterminado; y tanto más cuanto menos asequible a la mente del hombre.

59

Lo real sobrepasa los supuestos linderos de la razón, hasta lo infinito. En cambio, lo irreal está encerrado en ella, al menos en su categoría de concepto.

60

No sabemos cómo podría desaparecer dentro del cosmos, lo que ha sido alguna vez en él.

61

Estoy satisfecho de saber que lo mortal y lo inmortal son dos opuestos trascendibles, en forma semejante, a los otros. Espero la aparición de nuevos símbolos que liberen la mente humana del catafalco.

62

Categorías de la moral: la aplicable a los hechos externos; la aplicable a los internos; la aplicable a los mixtos. La geometría moral, al modo de Espinosa, con sus proposiciones, sus demostraciones y sus escolios, no podría ajustarse, ni con cercano acierto, a la conducta del suceso concreto, porque es más inesperada que la conducta del suceso subjetivo. Esta matemática es aún más figurada que la otra: es un supersímbolo de la exactitud, con menos capacidad de adaptarse a la realidad del alma, que la otra a la del riel que tiende el guarismo en la montaña. Es indudable que la filosofía clásica se caracteriza por su afán, nunca saciado, de uniformar las cosas, a despecho suyo, para comprenderlas; de

19

simplificarlo todo en una laboriosa desfiguración de la realidad sorpresiva del mundo.

63

Para Dios no hay nada nuevo bajo el sol, ni sobre el sol; para el hombre todo es nuevo en lo infinito.

64

La fusión de las artes, en un multiforme paradigma, las trascendería a todas en crecimiento fantástico, superior a los cinco fragmentos que las forman. En tal caso el resultado sería más denso y más vasto que los sumandos. De nuevo advierto que la matemática es una ciencia convencional, tanto menos aplicable a la realidad cuanto más exacta.

65

La aspiración de lo exacto deprime la compleja realidad de las cosas.

66

La geometría, ciencia de las formas cabales, es tan reducida en la realidad cósmica, como abstracta en el mundo de lo subjetivo.

67

El mundo orgánico tiende a lo simétrico; pero el resto informe, a lo asimétrico.

68

Si la palabra REAL fuera un símbolo intrascendible y exacto, preguntaría para confundir a los sabios: ¿qué es más real, una montaña o un hombre?

20

69

La lengua no hace más que nivelar, en forma violenta, el significado de las cosas que pretende enmarcar en sus símbolos.

70

Hay sentidos para animales que sólo sienten dos dimensiones: el ratón japonés no encuentra modo de saltar un obstáculo; carece del sentido de apreciación de la altura. Para seres que aprecian tres dimensiones: el hombre. Solamente en los sueños premonitorios—ya aceptados por la ciencia más avanzada—, desborda las tres y se pone en contacto con sucesos de lo porvenir. En mundos más complejos que la tierra, hay, sin duda alguna, seres con seis, con siete, con ocho, con veinte, con innumerables sentidos, correspondientes a la capacidad de captar la realidad de otras tantas dimensiones concretas. Si el sentido del sueño premonitorio, que ve hechos no ocurridos todavía, en el momento en que discurre, rompe la geometría presental euclideana, hemos de suponer que los habitantes de planetas superiores, de siete, de ocho, de quince sentidos, piensan de un modo diferente a nosotros; y actúan, por tanto, con métodos que no somos capaces de sospechar. Nuestra ciencia, nuestra filosofía, nuestro arte, serían, para ellos, lo que para nosotros el instinto del ratón japonés. Ratones japoneses: Homero, Sócrates, Platón, Aristóteles; Kant, Fichte, Hegel; Dante y Goethe; Bergson, Husserl. Einstein, ¿Qué fábulas no haría un La Fontaine de otros mundos mejores, poniendo en juego a estos ratones terráqueos!

71

—Si todo no tuviera un significado profundo, nuestra inferioridad sería lamentable.

—Mas, ¿por qué aplastas con los dedos el farolillo de la luciérnaga? ¿No es un símbolo de la sabiduría divina?

21

—También es un símbolo que deshojes la flor y destaces, para tu banquete, la paloma agorera.

72

Cuando ocurre una catástrofe natural, acusamos, con pavor, al ojo ciego del cosmos, que no escoge al bueno para salvarlo. Juzgamos, entonces, a la naturaleza, con los pares de opuestos de la razón humana. Y el universo los trasciende infinitamente. Sonríe y exclamo: ¡el ojo ciego del hombre!

73

Tres atletas:

El primero:—Conozco mis méritos por la extensión de mi fuerza.

El segundo:—Yo, por los límites de mi poder.

El tercero:—Y yo, por lo que es mi destreza y por lo que le falta para ser infinita.

El autor:—El primero tiene un sentido; el segundo, dos; y el tercero tres.

¡Habitantes lejanos de las estrellas! ¡El hombre es un niño que ha dado ya tres pasos en la estepa!

74

Desfile de fantasmas:

1º—Mi mundo es un punto.

2º—El mío, una línea.

3º—El mío, un plano.

4º—El mío, un volumen.

5º—El mío, un hipervolumen.

6º—El mío, un hiperhipervolumen...

Y todos siguieron el mismo sendero, como si el avance sólo pudiera realizarse en una forma vertical monótona. Es que estos fantasmas se habían doctorado en filosofía clásica.

22

75

Un punto es un mundo tan vasto, que en él caben todas las formas geométricas.

76

El hombre es un sér divino que está situado entre dos sistemas de estrellas: el de los átomos y el otro. Se engrandece viendo para abajo y se empequeñece viendo para arriba. Ahora sabemos por qué hay, para cada telescopio un millón de microscopios; y por qué vive este hombre agachado sobre el fango.

77

La matemática es la ciencia de lo análogo. Diremos, por eso: dos cosas análogas a una tercera, son análogas entre sí. Lo igual no existe más que en la fantasía de los matemáticos clásicos.

78

De ser justos, en absoluto, los códigos habrían de ser aplicados por jueces idénticos a personas idénticas, en casos idénticos. La justicia tiene una función, de carácter aproximativo, tan ajena a los códigos como a la realidad.

79

La equivalencia sólo existe entre un sér y él mismo, en determinado tiempo y en determinado espacio. Un sér no es equivalente a sí mismo, en tiempos y espacios diferentes: nada se repite.

80

La deducción supone que hay algo que se repite en forma absoluta: de otro modo no podrían aplicarse las ideas deducidas, a casos nuevos.

23

Lo inductivo también supone el acto de repetición absoluta. No hay casos NUEVOS a que aplicar la aparente verdad desprendida, en el estudio de los objetos o fenómenos particulares.

Pero, en cuanto el hombre se pone a pensar, induce y deduce, sobre lo aparentemente capaz de repetirse, como si se hubiera repetido, se repitiera o se fuera a repetir. De donde se desprende que la naturaleza de la mente humana, la impulsa, contradictoriamente, a deslizarse dentro de principios imaginarios.

Se llama NECESIDAD a la energía inmutable que obliga al sér a ser lo que es, con el propósito de hacerlo responder, en absoluto, a la demanda de su utilidad absoluta. La creación y la disolución la niegan.

Lo ACCIDENTAL es lo imprevisto absoluto. Carece de espacio y de tiempo, porque ambos son cosas predeterminadas; carece de sér, por lo mismo. En rigor, lo sorpresivo no existe: todo está presente en el gran conjunto.

El progreso supone la capacidad de disolver, en absoluto, las cosas cambiadas; y la de crear, en forma análoga, lo nuevo que aparece en él. Supone lo sorpresivo contradictorio. No obstante, sin la EVOLUCION el raciocinio sería cosa inútil. ¿Pero hay cosas inútiles? O aceptamos verdades contradictorias o renunciamos, de pleno, al juego simbólico de pensar. Sobre el crepúsculo del raciocinio clásico, se vislumbra, ya, el imperio del conocimiento antinómico.

El filósofo clásico opera como si lo inteligente fuera uno mismo con lo inteligible; menos se escapan, de este equívoco, los hombres de ciencia, cuya capacidad reflexiva se ilumina con el reflejo convencional de afuera. Observan, miden y enumeran, prescindiendo de su realidad más cercana: del examen de su instrumento de trabajo: la inteligencia que observa, que mide y que enumera, independientemente del material de inteligibilidad objetiva. La ciencia y la filosofía clásicas, tan adictas a la evidencia, recuerdan, con esto, la alquimia.

La sucesión absoluta no existe: equivaldría al anonadamiento absoluto del sér SUCEDIDO.

La razón clásica:—Parto de lo conocido a lo desconocido; de lo simple a lo compuesto; de lo que veo a lo que presiento.

La razón antinómica:—Supongo que partes de la evidencia para afirmar lo conocido. Pero no hay dos evidencias iguales; debes recordar que no hay dos cosas idénticas. Por lo demás, ¿hay algo evidente y simple a la vez? Y si no hay una simplicidad absoluta, ¿existe cosa alguna compuesta?

La razón clásica:—Me das, con tu análisis, la impresión del vacío.

La razón antinómica:—¿Qué es el vacío?

La razón clásica:—La nada; la ausencia de una piedra donde poner los pies...

La razón antinómica:—La nada al modo como tú la comprendes. Mas, ¿puede haber un modo más hondo de comprender este milagro que nos constituye y que nos envuelve, que el tuyo? Eres demasiado orgullosa para comprender que más allá de tí misma reserva lo infinito, para

el hombre, mejores cosas de las que tu época sospecha, y de las que tu corazón desea.

La razón clásica:— Cuéntame: estoy pronta a escucharte.

La razón antinómica:—Muéstrame una verdad que no tenga en el fondo una contradicción y advertirás cómo tu verdad plana y melódica no es más que un principio ingenuo en que se mueve tu fantasía, deseosa siempre de un asidero para salvarse. Habla.

La razón clásica:—Con mi conocimiento como y ando.

La razón antinómica:—Con el mío observo, conmovido, tu crepúsculo; y, sobre él, en el horizonte, un nuevo signo incógnito de lo infinito.

89

La actitud es el gesto superestilizado. La cultura es esencialmente gesto, en cuanto es brote espontáneo de la modalidad humana; estilo, actitud, en lo que sistematiza la doctrina. En términos generales digo que la cultura es gesto, en un esfuerzo de extender lo espontáneo a todo lo estilizado.

La cultura, como cosa espontánea, es al hombre lo que la flor y el fruto a la planta. Una rosa, un clavel, un loto, espontáneos como son, tienen un delicado estilo. Puede haber falta de espontaneidad en una actitud mal estilizada. Lo que hay de estilo en el gesto es cosa legítima, porque es espontáneo. El gesto es primitivo; la actitud, no. Por lo genuino que hay en el primero, extendiendo su significado virgíneo, en general, a la palabra CULTURA. La filosofía del gesto alcanza, así, la trascendencia de un símbolo elemental: el de la pureza en el arranque de los valores humanos. De este modo el hombre, en lo que goza de bello y de hondo, es, como la flor y el fruto, un gesto de la naturaleza.

90

Salón de los Gestos Simbólicos:

Estatuas: esta es de bronce. Representa a un hombre

que intenta observar, enumerar y medir los fenómenos. Está encorvado sobre ellos. En su pedestal, una multitud de figuras que representa a las masas humanas, tiende las manos hacia él. Una pira humeante envuelve al símbolo. Un hilo de bronce fundido se derrama detrás de la estatua.

Y esta otra es de oro: la estatua de una mujer coronada de rosas. A sus pies, ligeras siluetas, danzantes en torno de una lira. El fuego envuelve en reflejos al símbolo. Un hilo casi imperceptible de oro fundido, se vierte, detrás del pedestal de la estatua, sobre el polvo.

Y esta, amigos míos, es de barro. Representa a un hombre que parece mirar, más allá de la razón, nuevos mundos lejanos. Su pedestal es una serie de esferas que salen unas de otras, en ritmos difíciles. El conjunto, adivinado detrás de las llamas, parece desbordarse del presente hacia todos los rumbos. Semeja algo inasible y fantástico. Detrás del pedestal, un hilo de luz se desliza, sobre el polvo.

Sabemos que no se han de perder ni el bronce, ni el oro fundidos detrás de las piras. Que el barro, entero o hecho polvo, perdurará tanto como el bronce o el oro, en símbolo o en bruto. La superioridad de las figuras no está más que en la densidad de los gestos.

Y el escultor, ¿qué se hizo?

No está en la montaña clara del mediodía; tampoco en el lago envuelto en penumbras de la tarde; no está en el céfiro, ni en el ciclón, ni en el trueno; ni en la begonia, ni en la anémona; ni en el arroyo, ni en el mar; ni en el polvo, ni en la estrella... ¿En dónde está? ¿Ni en la sonrisa, ni en la lágrima! ¿En dónde?

91

El secreto de la sabiduría humana está en descubrir sus nexos con lo infinito. Antes ha de conocerse a sí misma, con el fin de poderlos establecer.

92

Lo simple absoluto, lo evidente absoluto, lo uno absolu-

to, son para la filosofía antinómica, formas engañosas de apreciar los fenómenos. Lo homogéneo y lo heterogéneo, simples modos clasificatorios de las ideas.

93

Las categorías lógicas intentan allanar lo complejo, simplificarlo, para comprenderlo: no tienen realidad patética.

94

La única razón definitiva sería la que pudiera identificarse, en absoluto, con el cosmos.

95

La angustia humana, desproporcionadamente superior a su ciencia, a su arte y a su filosofía, advierte al hombre el relativo fracaso de su razón. Esta es un bólido sin rumbo, en la noche sin fin.

96

En forma opuesta a lo que afirman los pesimistas, la debilidad de la sabiduría humana nos revela la existencia de Dios, el inabordable por infinito. Sólo EL justifica tanto misterio. Es la primera y la final verdad de todo.

97

Si nada es inútil, descúbrete ante el fracaso de las razones humanas. ¡Salud, escépticos y pesimistas! ¡Hombres de ayer y hombres de mañana!

98

Si todo está unido, en virtud de infinitos nexos, con el universo, cada fenómeno debe producir infinitos estímulos a la razón del hombre. Tu razón, estoico, es pobre; y la tuya,

pirrónico, tanto como la del apolonida; y la de tus danzas, Dionisios.

99

Cuanto más vasta y honda es una filosofía, más solitario es su filósofo.

100

La razón es a la vida, lo que el ritmo al verso; lo que el declive al río; lo que el espacio a la luz.

101

Las palabras que no responden a una realidad interior, no existen vitalmente. Luego, el léxico efectivo de cada uno se reduce a un cierto minimum, más o menos variable, de acuerdo con su ritmo orgánico. Es propio sólo de espíritus selectos reconocer con entera claridad sus palabras vivas y sus palabras muertas. Al terminar cada edad, el cementerio interior se llena de cenizas. Y los brotecillos nuevos de hierba, crecen, a sus expensas. Cada hombre, cada edad, cada época tiene su lengua propia y su osario propio. El vulgo cree que todo vocablo memorizado responde a la cultura y a la vida.

¡Fuera de aquí, retóricos!

102

¡Cuántas cosas hondas o sutiles fracasan en nuestro interior por falta de un nombre que las determine! En verdad, estamos inéditos para nosotros mismos. Sólo advertimos el espacio minúsculo de un rayo de luz que ilumina, tímido y encerrado, nuestro espíritu. Lo demás, ¡qué profundo y oscuro!

103

"Todo hecho es teoría", afirmó Goethe. Toda teoría es hecho, digo yo. Pero, ¿qué es hecho y qué es teoría?

Escribió Hegel: "La razón determinada es la cosa". Lo que es, es lógico. ¿A cuál especie de lógica se refiere? Si la lógica busca la esencia de las cosas, debe plasmarse en ellas. Pero el hombre no puede tener sino un gesto hacia ellas. Para aprehenderlas al modo hegeliano, lo inteligente ha de identificarse con lo inteligible. Desde este punto de vista LA COSA ES LO INTELIGIBLE Y LA LOGICA, LO INTE-LIGENTE. El logismo de Hegel es, en cuanto inteligente—que también a veces es cosa inteligible—meramente humano. Su panlogismo es cosa relativa.

Cuando Goethe dice que todo hecho es teoría, separa, como todos los lógicos, en forma absoluta, el fenómeno del signo que lo representa en la mente. Cree en el límite. Hegel, en cambio, no cree en el límite: une, con su panlogismo, la cosa con su teoría. La razón clásica simpatiza con las palabras de Goethe. La antinómica, con las de Hegel. Pero, ¿la hiperantinómica y las otras que han de desenvolverse dentro de un millón de años?

No se me dirá que exagero la crítica de tales ideas. Busco, en el fondo de los sistemas, su fuerza máxima o mínima. En lo referente al problema directo, me siento obligado a la norma inmediata: en materia de conducta todos somos pragmáticos. En lo otro, nunca se exigirá lo bastante.

Los hechos internos del hombre son superiores, de modo enorme, a los símbolos del idioma. Las palabras son, además, en la mente y en los labios de cada uno, masas convulsas que nunca significan lo mismo. Cada término tiene un clímax nuevo en los diversos instantes en que se vive. Cada sílaba se articula de una manera distinta: no constituye unidad absoluta con el resto de la palabra. Entonces, ¿qué expresamos de nosotros mismos?

Además, esta complejidad idiomática se multiplica a la hora de ser escuchada por la persona o las personas con quienes se habla. Nos hacemos la ilusión de decir lo que sentimos y todo lo que sentimos de ser escuchados por un mismo oído fijo y plano. Si fuéramos capaces de apreciar la magnitud entera de este complejo, guardaríamos silencio para siempre. Pero, ¡dejadme hablar, señores, que la lengua ha sido hecha con tal propósito!

Si hay un momento en que el recuerdo del dolor nos da el goce de haberlo sufrido, existe otro en que la evocación de ciertos placeres, nos entristece y nos humilla. No sabemos, a punto fijo, cómo se desenvuelve esta paradoja del sentimiento. La filosofía antinómica no ha hecho más, desde Kant y Hegel, hasta Husserl, Scheler, Lask, Hartmann y Heidegger, que denunciar lo contradictorio del mundo de las ideas: no de lo sentimental, de lo emotivo, en sus múltiples ritmos. Apenas se intenta describir el panorama del flujo interno; pero no su lógica: la del corazón que presentía Pascal. De antemano hay que prepararse para el descubrimiento de este nuevo mundo de lo contradictorio. Además, a efecto de trascenderlo en la tercera gran época que preconiza esta obra. Los complejos de Freud se acercan, des-paciosos, al fuego secreto...

El misterio del hipervolumen aparecerá, también, en la geometría sentimental. El desborde del presente apolíneo es el primer síntoma de esta crisis de la razón. Todo se desborda sobre el acantilado clásico.

La costumbre ha de ser una esclava del hombre. Pero, ¿no usaremos de alguna costumbre para someterla? Difícil

saber qué es el hombre, primero, con objeto de darle después oficio concreto.

110

Trata a fondo a los hombres para que aprendas a desengañarte de ellos ¿Y si te tratas, de igual manera, a ti mismo?

111

Es posible que, en tu destino mismo entre tu esfuerzo por dominarlo. Ya hemos visto que sin el destino y sin la libertad humana, el hombre no tendría capacidad alguna para creer en Dios, ni en sí mismo: lo más trágico de acontecer en él. Se opone el destino a la libertad, como lo infinito a lo finito; como Dios al hombre. Antinomias esencialmente legítimas.

112

El mayor alimento de la sinceridad es despojarse de lo que es, en lo heredado, cosa mecánica. Todo hombre debería renovar la tabla completa de los valores, por principio higiénico. En cada uno, un Descartes. Quien no lo realice es tan sincero como una piedra.

113

Si la crítica no interpreta, deforma. Me pregunto: ¿a qué interesa tal deformidad? A la propia retina del crítico, en primer lugar. Luego, al que se coloque frente a esa retina, en gesto crítico. Es el devenir el que deforma, antes que toda especie de críticos, el carácter inicial de una obra. El primer provecho del buen juez: el suyo propio. Es necesario que no se deforme a sí mismo.

114

Al autor nuevo, como al bronce nuevo, le hace falta la pátina. Esta inmortaliza: es inherente a la solidez del metal.

Con lo que está dicho que se debe ser hierro, con pátina o sin ella: duro como el hierro.

115

Mi dureza espiritual no es la que predica la matanza; el derecho del más fuerte; el aplastamiento de los débiles. Es la del látigo nazareno, en el templo. Es la que perfora las épocas con la flor de una parábola: la del hierro amoroso del evangelio.

116

Nuestros valores lógicos son como la moneda: tienen anverso y reverso. ¿Si el cosmos fuera una moneda!

117

Anverso y reverso de las monedas lógicas. Para los clásicos la persona es bella o es fea; es buena o es mala; es o no es. En concepto del filósofo antinómico, es bella y fea; buena y mala; es y no es. De un modo o de otro, se intenta grabar en las caras de las monedas, la efigie de la verdad.

118

Lo humano es lo integral, cuyo modelo está en nosotros mismos. No somos sólo cabeza o pies o muslos: un conjunto complejo que tiende a conservarse por el placer de existir que lo llena y lo desborda. Por esto la especialización del trabajo agobia al hombre: lo desprende de su propio modelo.

119

El deseo de inmortalidad es una proyección del gusto de ser que tienen todas las partes del hombre. Gusto respaldado por la ansiedad de seguir siendo que se refleja en todo. No es un capricho: es un deseo natural que ha de ser satisfecho, de algún modo.

120

Los sentimientos más hondos, como el de la inmortalidad, que tiende a formarse a despecho de todo, son una fuerza ciega realizada con el secreto impulso de la realidad interior. No están fuera de la lógica: están sobre ella. Imperativos vitales que forjan, con recursos no entendidos aún, los diversos caracteres de todos. No es posible someter, con silogismos, la turbulencia del mar. Del fondo oscuro surgirán las nuevas lógicas de mañana y de pasado mañana.

121

El mundo interno no es sólo idea; tampoco, en forma exclusiva, sentimiento, emotividad; ni sólo impulso voluntario. No obstante, el intelectualismo ha creído lo primero; la fenomenología alemana, lo segundo; y el autor de *EL MUNDO COMO VOLUNTAD Y REPRESENTACION*, lo tercero. No perdamos la lección integral del modelo.

122

No hay más que una zona explorada por el hombre: la conciencia. Desconocemos el método para llegar al resto. Algún camino ha de haber con el fin de llegar a las Indias.

123

¿Y qué es la conciencia? Un punto alumbrado por un rayo de luz. Un ojo que mira, sobresaltado, el horizonte: la puertecilla de un álbum de imágenes misteriosas.

124

Deseamos que el universo entre por un punto, para aprisionarlo en la oscuridad. Infinitamente más fácil es vaciar las aguas del océano, en el cuenco de un pétalo.

34

125

¿Cuál es el verdadero fin del conocimiento humano?
El filósofo clásico responde:

—Conocer el universo.

El antinómico:

—Conocer la verdad.

El superantinómico:

—Realizar el destino de la razón, en cualquier rumbo señalado por la época.

126

En ciertas esferas la verdad no necesita de nombre: es.

127

—Si adquirir la verdad fuera un imperativo histórico, ya se habría conquistado.

—¿A cuál verdad te refieres?

—A la que tú pudieras defender victoriosamente en todas las épocas.

128

El fanatismo corresponde a los soldados; la actitud expectante, a los jefes.

129

Las cosas que son de naturaleza diferente al pensamiento, no serán pensadas nunca. Pertenecen a las reservas de lo infinito. Sin embargo, el espíritu de sistema de ciertos filósofos se desvela tras ellas, como el constructor de una torre tras el ladrillo que falta para terminarla.

130

Si la palabra SER tuviera una realidad lógica tangible, ya habríamos conocido la hebra que parece ensartar, en un solo sentido, las partes del conjunto infinito.

35

131

Hay una cosa que hace respetable el afán de conocimiento del hombre: la de que él no es, en el fondo, el responsable de su existencia.

132

Si el hombre piensa en lo infinito es porque se le parece.

133

Hace bien el filósofo antinómico en aceptar, en ciertos planos, lo bueno como malo; y lo malo como bueno. Mejor aún, el filósofo hiperantinómico, en olvidar estos nombres para tales obras. Y el clásico ha hecho bien en resbalar sobre su propio plano, con la ilusión de hacerlo sobre el cosmos. ¡Tres caminos para buscar las mismas fugas!

134

El osado calla; el cobarde gesticula y grita; el criminal tiende a volver al sitio del crimen; el grande se aleja; el pequeño se muestra; el sincero se expresa, de preferencia, con los hechos; el hipócrita hace alarde de franqueza con las palabras; el profundo sintetiza; el superficial diluye; el astuto se manifiesta torpe; el torpe, listo... Cada estado de ánimo pone su contrario y gira sobre él. Freud: has iniciado la era antinómica de la psicología humana. Pero todo secreto es trascendible. La sonda no llegará jamás al fondo; el misterio se oculta tanto más cuanto más hondo se le persigue. La carrera sin fin...

135

La grandeza de la música reside, especialmente, en que estimula la atención de los mundos subterráneos del alma.

36

136

El neopositivismo tiene por objetivo el estudio de un fenómeno dado en un espacio y en un tiempo dados. Busca lo real patético y único, en su afán de evadir las variaciones temporales y espaciales. Abstracto se le ocurre lo positivo de Comte y sus discípulos; ilusorio y falso. Sólo que el fenómeno dado es más complejo de lo que supone, lo mismo que el espacio y el tiempo concretos. El conocimiento busca lo simple, lo puro, lo categorizable; la naturaleza le ofrece lo inasible. Contradicción patente establecida entre la naturaleza humana y la cósmica. El espíritu demoníaco de lo antinómico, vuelve a sonreírnos, un vez más, en estas páginas.

137

Es más fácil reconocer la presencia de la mole, que los suaves matices que la envuelven en la sucesión de las horas. La bestia tropieza con el bloque; el espíritu, con la levedad del ambiente que lo envuelve. Pero el mundo es matiz y es mole.

138

La ciencia solicita, en forma imperativa, lo idéntico; la realidad lo rehuye. El hombre no halla qué hacer con sus símbolos.

139

El artista menosprecia al científico; el científico, al filósofo. Sólo el filósofo los comprende y los tolera a los dos; y sabe explotarlos mañosamente, a los dos.

140

La belleza de la ciencia sobrepuja al sabio; la filosofía de la belleza al artista; y la ciencia y el arte de la filosofía, al filósofo. Es decir que existe una fuerza que los desborda en su propio campo.

37

141

Sospechamos los caracteres humanos por sus formas externas de manifestarse. Pero los hechos parecidos son resultado de diferentes móviles. La sospecha clasifica y uniforma: la realidad divide y desconcierta.

142

La catedral es más bella que la montaña de mármol que la produjo. ¿Y si la montaña pensara?

143

El bosque de pinos le dice al viento:

—Sin mí serías incapaz de cantar.

Y el viento al bosque:

—Sin mí no podrías estar orgulloso de producir mi canto.

144

El libro va destinado, según sus tendencias, a cierto número de lectores. Y es magnético cuando excita la atención de su ambiente, no como un simple espectáculo, sino como una fuerza dominadora. A veces no encuentra el clímax propio, en su misma época. Espera y logra imponerse más tarde. LOS FUNDAMENTOS DE LA MORAL de Schopenhauer fracasaron en un concurso: hoy se ignora el nombre del victorioso sobre él. Al autor de HUMANO, DEMASIADO HUMANO, se le rechazaba violentamente en las casas editoras. Las obras dedicadas a comentarlo forman verdaderas montañas en el siglo XX. En la época moderna viven de su pluma, en particular, los escritores fáciles. Los otros van, de fracaso en fracaso, pospuestos por la mediocridad, a la fatigosa antesala de los magnates. Rousseau no era más que un mendigo; Dante, un desterrado; Horacio, un parásito de Mecenas; Sócrates, un pobre diablo. Y tú, ¿quién eres? ¿Un Dante, un Horacio, un Sócrates?

38

145

La idea—fuerza se compone: 1º: del esqueleto ideológico; 2º: de un cuerpo emotivo proporcional al esqueleto; 3º: de una voluntad con propósitos sólidos, a fin de mover con precisión el conjunto. Llamémosla, mejor, idea—volumen. No hay libro ostensiblemente magnético, sin el concurso de las ideas volúmenes que lo impongan, en un ambiente dado y en un tiempo dado.

146

El fiel que marca lo normal en un hombre, en un niño, en un estadista, en un obrero, en una estatua, en un libro, oscila, kilómetros enteros, dentro de un centésimo de milímetro.

147

La superficie del vidrio, bajo el microscopio, está llena de mesetas y de cordilleras. La cultura, más flexible que el pedrusco y que el tiesto labrado, más honda que la atmósfera y más voluble que el mar, está cruzada de incalculables abismos e insospechadas cumbres. La filosofía clásica intenta pulirla como a la piedra preciosa o labrarla como al mármol.

148

—“Conócete a tí mismo”.

—Menuda encomienda: averiguar qué soy, de dónde vengo y a dónde me dirijo. Endereza el consejo, ¡oh insensato!, a los dioses olímpicos, para que los veáis fugarse por los espacios llenos de asombro.

149

La duda metódica supone un ambiente uniforme para realizarla, que no existe ni en el vacío físico y relativo hecho en una esfera de hierro. Cada estímulo diferente la

39

somete a una prueba inédita, en que la aguja corre aturrida, por los átomos.

150

Parábola de los ciegos y del elefante:

—Hégel: todo es lógico.

—Espinoza: todo es Dios.

—Büchner: todo es materia.

—Schopenhauer: todo es voluntad.

Hégel tocaba la frente del paquidermo; Espinoza escuchaba el ritmo de su sangre; Büchner, la base de la cola; y Schopenhauer, la trompa.

—La escena anterior no es más que la repetición de esta griega, que hemos de recordar:

—Tales: todo es agua.

—Anaxímenes: todo es aire.

—Anaximandro: ni agua, ni aire: todo viene de una sustancia ilimitada y vaga.

—Heráclito: la sustancia primitiva es el fuego; y sólo su movimiento es algo real.

—Empédocles: no existe un elemento único: son cuatro.

—Pitágoras: ¡Deliráis sin el menor asomo de cordura! ¡Todo es número!

—Demócrito: el mundo está hecho de átomos.

Tales era un aficionado del mar; Anaximenes del aire fresco; Anaximandro era un enamorado de lo inasible y lo distante; Heráclito se quemó una vez un pie, en el brasero hogareño; Empédocles era un aburrido de la monotonía; Pitágoras creció contando las habas de su granero; y Demócrito pasaba las horas de descanso desmenuzando piedras, bajo el viento empolvado.

151

La ciencia médica ha de conseguir que el hombre viva doscientos años, para que aplique cincuenta a la escuela primaria; cincuenta a la segunda enseñanza; y cincuenta a

la universidad. De este modo, el resto se aplicaría a darle vuelta completa, y con mayor provecho, al paquidermo, pasando, a vista de pájaro, por el sitio de Büchner.

152

Cómo peleaban los precursores de la Revolución Francesa:

—Rousseau: cuanto más se acerca Voltaire a la corte, más se aleja de la naturaleza.

—Voltaire: un día de estos vamos a ver a Rousseau, de retorno de la naturaleza, llegar en cuatro patas.

El cascarrabias de Ferney gustaba de cabalgar sobre el bruto, mientras el filósofo ginebrino se dejaba, en el sendero, desplazar por él. La historia los aparejó, después, en marcial complemento.

153

Si se nos pidiera un buen símbolo para la filosofía clásica, propondría al péndulo: de Voltaire a Rousseau; tic, tac; de Demócrito a Pitágoras; tic, tac; de Platón a Aristóteles; tic tac; de la materia al espíritu; tic, tac... Déjenme tirarle al artefacto, esta cabeza de Venus.

154

¿Eres igual a otro? ¡Qué diferente tú, niño, a tú, anciano! Si no te esfuerzas por interpretar tu propio mundo, te harás la ilusión de repetir a los otros. Porque repetirlos de verdad es imposible. El presunto repetidor es original a despecho de sí mismo. ¿Has examinado, alguna vez, dos gotas de agua en el porta-objetos de un microscopio? Los que hablan de fantasía en el fenómeno de la originalidad, se refieren a otros fenómenos: no a la maravilla de esta riqueza ilimitada de complejos que es cada cosa, cada hombre.

155

Huir de los extremos; buscar el término medio. Pero, ¿en qué límite empieza o acaba la zona media? ¿En dónde terminanla extrema izquierda y la extrema derecha? El soldado, a la hora de tomar el rifle, debe olvidar, si es que los sabe, todos los matices. Lo contrario del sabio, del artista y del filósofo, en el instante de buscar su objetivo.

156

El eclecticismo es una tentativa de conocer, sentado, todos los órganos del paquidermo, con datos suministrados por otros. ¿Qué se levanten de su silla los eclécticos y vayan a comprobar, con sus propias manos, los informes vertidos por los especialistas, cuyas ideas intentan trascender en la visión panorámica del conjunto!

157

Las ideas ajenas son lentes ahumados que enturbian la visión directa de la realidad. Pero hay algo en ellas que nos pertenece; otro matiz de la realidad, que debemos ver sin anteojos. Vengan, pues, las ideas que no me pertenecen, al anaquel respectivo. Anaquel, no: bosque de fuentes vivas e inagotables.

158

Círculos viciosos: pelea, renovada siempre, por la solución de un problema. Un día de tantos se advierte que no existía tal problema.

159

Nunca limpiarás bastante la razón, como para que su maquinaria no roce y no chille. No se puede hablar, por tanto, de instrumentos del raciocinio "completamente asépticos de equívocos".

42

160

¡Si las palabras pudieran adquirir la apariencia aséptica de unas pinzas sometidas al calor del agua hirviente!

161

Por más que lo desees, no podrás desplazarte de tí mismo para ejercer la auténtica imparcialidad. Esto no quiere decir que no trates de dar a cada uno lo suyo, aunque lo des a tu propio modo.

162

Bienvenido lo nuevo, si llega en lugar de lo malo y además de lo bueno.

163

Cosas vagas. "El sentido común"; "El buen sentido"; "El estado normal"; y hasta llegar al ocho acostado. No obstante, aspiramos a concretar reglas precisas para administrar mejor el sentido común, el buen sentido; y referimos, con gran seriedad, nuestras ideas, al estado normal de un organismo, de una cultura, de un hombre. Los genios se burlan de los estados y de los sentidos con brida, más aún, que los otros.

164

El sentido de la proporción y de la medida, tan caro al Atica, tiene de frío lo que en él es científico; y de caluroso y de bello lo que se escapa a la cadena científica. Los prototipos no existen en la realidad. Y lo exacto es un gesto tendido a lo ejemplar; a lo que, en el fondo, no existe. La cultura helena tendía su mano al número para cubrirse, como en una gruta, contra la bárbara intemperie del mundo.

165

La naturaleza es artificiosa en el caracol, en la flor, en las alas de los coleópteros y de las mariposas; pero, sobre

43

todo, en la mente del hombre. En la montaña y en la tempestad deja de ser griega para tornarse en divina.

166

El hombre se une mejor al conjunto divino, por el sendero que lo conduce al asombro.

167

El equilibrio tonifica y aquieta; la embriaguez precipita y devora; Apolo duerme mientras Dionisios se consume. Todo esto en Grecia; en un punto del cosmos. ¿Qué sabe la estrella lejana de los apolonidas y los dionisiacos? Lo que el ciclón de la oruga o del pétalo. Pero Dios alumbró a la estrella, anima a la oruga y perfuma a la corola.

168

En un grano de indiferencia se disputan la supremacía cien tempestades.

169

Dios duerme en el espíritu de quienes suponen ignorarlo.

170

Admiro la eficacia de las ideas cuando pienso que, media docena de parábolas, ha sido capaz de levantar un millón de templos.

171

Alterar a los otros y ser alterado por ellos: he aquí el resultado de las relaciones sociales. La soledad nos garantiza el salvamento de nuestra isla encantada. Pero, ¿hay islas en el cosmos? Además, no hay peso más grande que el del propio silencio.

44

172

Imitar a los innovadores no es innovar; pero tampoco imitar a los otros. Aunque, si bien se observa, el que imita, en lo que no iguala, crea. ¿Cómo igualar cosa alguna en el remedo o en cualquier forma de esfuerzo? Luego, el que imita crea, a pesar suyo. Imposible hablar, con precisión, de las cosas.

173

La verdadera gloria, para el filósofo, es ver más claramente su verdad: no espera el aplauso de nadie. La fama es una retribución objetiva que no se desdén, pero que no hace falta en el fondo del tonel helénico. Pensando en la escudilla de Diógenes, veo, con extrañeza, a quien espera el favor de la gloria próxima o remota. Por otra parte, ¿es la gloria algo más que una palabra? La flor, perfuma; la semilla de trigo, alimenta; la madera sirve para la talla del mueble; la porcelana, para la taza o el ánfora. ¿Aplaudimos, en bien suyo, a estos objetos? Los golpeamos con el martillo; o los cubrimos, delicadamente, con el esmalte, a fin de que sean bellos. Y el grande hombre, en concepto de los demás, no es otra cosa que una planta de jardín o que un mueble de caoba. ¿Qué me digan otra cosa Miguel Angel o Beethoven! El primero dejó, desde hace algún tiempo, de ver su cúpula del Vaticano; el segundo está más sordo, ahora, que antes.

174

—Yo creería lo tuyo, si yo fuera tú mismo.

—Te pago con la misma moneda.

Aquí no se ha dicho más que esto: cada uno defiende lo suyo.

175

Comparando las ideas con sus respectivos objetos, habló Platón su lengua; comparando el ingeniero sus proyectos

45

con la realidad en que habrían de ser aplicados, los rectificó y los puso en práctica; y al comparar lo pasado con lo presente, prepara el hombre su brazo, para la obra futura. Comparar no es injusto: es necesario. Acaso la sabiduría humana, entera, se deba a este arte de la comparación y de la imagen.

176

No hay más modo de aprender que por el esfuerzo de uno mismo. Somos autodidactos por naturaleza. Los demás ofrecen el estímulo, con más o menos método: el autodidacto lo aprovecha, según su alcance, su aplicación, su fuerza. Llamamos autodidacto, vulgarmente, al que se sirve a sí mismo el mayor número de estímulos, sin el concurso ajeno. Sin el calor propio, no se enciende el espíritu.

177

Algunos llaman historia a lo que el hombre recuerda o cree recordar, de los sucesos. La historia, a pesar de los hombres, lo conserva todo: lo nimio, lo grande y hasta lo fabuloso, en su categoría de fábula. Tal, mi concepción cosmológica de la historia. Nada se pierde.

178

Si la vida no es una y uniforme, el estilo ha de ser vario y múltiple. Todo asunto exige, por otra parte, un tono nuevo, una imagen encendida e inédita. El arte literario que no sigue, en cierta forma, el capricho del complejo interior, se transforma en palabras vacías. Esto se aplica, además, al estilo de las ideas volúmenes. El sistema fijo y helado en sus propias categorías, lo niega. La conducta misma deja de ser sincera, verdadera y bella, sin la inspiración del instante en que florece. Sin embargo, el estilo, cualquiera que sea, demanda la estabilidad en el cambio, la norma tradicional en lo flexible, patético y entusiasta de la hora que pasa. El arte clásico no puede conciliar semejantes extremos, porque ig-

nora que la vida irrumpe, como un rayo de luz, en contradictorios colores. En suma: el estilo no es otra cosa, para la filosofía antinómica, que lo instantáneo proyectado en lo eterno.

179

Afirma Pascal: "No hay más que dos clases de hombres: unos justos, que se creen pecadores; otros pecadores, que se creen justos". Modo clásico de escribir, definitivo, absoluto, que señala una o dos realidades, en representación de todas. Cada hombre tiene su gesto propio, inclasificable, fuera de las categorías que formulan, por elegancia, los grandes escritores. La frase de Pascal, reducida a sus justos límites, diría: "Algunos hombres justos se creen pecadores; algunos pecadores se creen justos". Que la rotundidad del estilo no amplíe, ni quiebre, la idea que se exprese con él.

180

Sigue Pascal: "Al fin de cada verdad hay que añadir que se recuerda la verdad opuesta". Los futuros filósofos del conocimiento antinómico, dirán: al fin de cada antinomia debe recordarse que toda antinomia supone a otra.

181

Goethe: "Nadie hablaría mucho en sociedad si tuviera conciencia de lo frecuentemente que entiende mal a los otros". Para entender a otro, a fondo, sería necesario: a), que el otro fuera uniforme e invariable; b), que el observador también fuera uno, simple y fijo; c), que se pudiera disfrutar, por entero, de la imagen fenoménica del otro, sin tapujos de relatividad alguna. Además, nos quedaría el problema de saber cómo lo fijo y simple del observador habría de desplazar su simplicidad y su fijeza, a efecto de ponerse en contacto con las del otro. Quiero decir que la precisión no entra, gran cosa, en el ejercicio corriente del idioma.

Goethe: "Toda palabra dicha despierta una idea contraria". Lo contrario es la antesala de lo contradictorio. Y toda idea pensada, ¿no despierta lo negativo?

Parábola del mundo invariable:

Llegó, casualmente, a la ciudad en que todas las cosas eran fijas, desde muy niño. Vivió diez años en ella. Luego partió hacia el mundo vulgar, donde los objetos y las criaturas cambian a cada instante. Allí vivió veinte años. Pero un día recordó a la ciudad quieta y volvió, por un impulso de amor, a ella. Cuando estuvo en sus viejos jardines de cristal, dos días después del regreso, se confesó, con amargura, a sí mismo, que todo aquello era diferente. La ciudad no le ofrecía las mismas imágenes de la niñez. Esta parábola pone a la contraria: la del hombre de piedra en la comarca ondulante y vaga, de la vida de todos. ¿Será quieta la entraña del hombre?

La movilidad y la quietud son dos conceptos humanos: ignoramos, en la realidad, su conexión con el resto del mundo.

—No estoy seguro de que esa piedra exista: sólo un reflejo de las cosas se recibe de afuera.

Llega, en tanto, un loco, al lugar de la escena; alza la piedra del suelo y la arroja contra el filósofo. Este, al reponerse una hora después del suceso, exclama:

—¡Ahora estoy seguro de que esa piedra existe!

Las contradicciones metafísicas no impedirán la existencia de cosas y fenómenos no sospechados, siquiera, por la orgullosa sabiduría humana. Por tanto, lo antinómico es una forma de la verdad. Y los conceptos pueden responder a realidades contradictorias.

Goethe: "Cuanto más inconmensurable es una producción literaria y menos puede abarcarla la razón, tanto mejor es". Se extiende la sentencia, además, a la obra filosófica. Y especialmente a ella. El filósofo, creador por antonomasia, agrieta o quiebra la muralla, asiento de la capacidad intelectual de su tiempo. Las ruinas desconciertan o aturden. El polvo de los escombros ciega, entonces, a los contemporáneos, con lágrimas. Los otros ciegos—las grandes muchedumbres—no aprecian el desastre; pero tampoco presintieron la muralla.

Sabemos que sólo ciertas ruinas tienen un destino humano: el que se muestra en los museos o en los sitios históricos. Las otras conservan, nada más, el destino de ser, aun dentro del escombros, fuerzas eternas.

La poesía es, a su tiempo, lo que el suspiro a la ansiedad inmediata; lo que la sonrisa al sutil estímulo que la produce; lo que la lágrima a la pupila que enturbia. Un juego de causas y de efectos inmediatos. Lo otro es parsimonia numérica y ornamental, fuera de la sustancialidad de lo poético. No canta: adorna.

La filosofía es, a su tiempo, lo que la razón a la bestia que nos agita: un freno, una espuela y un ala.

La fe no puede ser otra cosa que el resultado de cierta razón—no de toda razón—acumulada. Así, por ejemplo, de aquella que nos impone, más allá de lo ideológico mismo, la

concepción del sér supremo. Por esto es superior a los sistemas filosóficos y a la apatía científica. Sabios, artistas y filósofos, no lograrán, a cortas o a largas distancias, extorsionar su influjo. En las horas de pesadumbre solicito su amparo, con estas palabras: realidad divina, ¡acumúlate en mí! ¡Que la razón sutil florezca sobre la pompa de las ideas fáciles, en el secreto abismo de mi alma!

191

El pesimista dice: "Soy ateo". Pero ignora lo que le reserva su razón secreta.

192

Todo hombre guarda, en el fondo de su sér, cosas más hondas y más serias que su capacidad racional, por fuerte y deslumbradora que sea.

193

Bajo tu razón y sobre tu razón, hay más sabiduría de la que sospecha tu orgullo.

194

Lo banal es un invento fantástico de la razón, cansada de sí misma. De otra suerte, se suspendería, en asombro, frente al más pobre estímulo de las cosas. Por ejemplo, de su pobre cansancio, o de la fuga de sus inventos, al parecer inútiles.

195

Tarea sublime: fortalecer el instinto de lo divino y excavarlo como una estatua.

50

196

A falta de milagros, tienes, ahí, ¡oh estulto!, el cosmos entero.

197

La capacidad destructora del filósofo sólo se compensa con una iluminación creadora que la sobrepuje.

198

Goethe "alaba las enseñanzas del cristianismo". En esto preferiría engañarme con Goethe, a acertar con los otros.

199

Cuanto más humano, más divino: cada cosa en su esencia.

200

Si fuéramos como la vid, un producto neto del suelo, no dejaríamos de ser, por eso, un milagro. ¡Y el pesimista, el escéptico, lo ignoran!

201

A la naturaleza le importan más las cosas, que la razón humana de las cosas. A esto se debe el desamparo que nos agobia en la duda.

202

El ateo es un perezoso que no excava en las arenas de su propia alma.

203

No existe dolor que supere a la capacidad humana de resistencia del mismo. Por esto, la muerte no debe ser de-

51

finida como un hecho sin proporción lógica; o como un golpe sin medida alguna, en el vacío...

204

El sentimiento más hondo del hombre es el de la personalidad. No cambiaría la suya, por la de un emperador del mundo. Argumento instintivo en favor de la existencia permanente del alma.

205

Diferencia notable existe entre catalogar ideas y fermentarlas. En el primer caso su número puede ser copioso, pero en gran manera inútil. En el segundo, corto, pero sustancioso y enérgico. El erudito que ignora este fenómeno, se trasmuta en estante de biblioteca. El verdadero hombre culto mide su valor, por las ideas vitales que remueve en sí mismo y proyecta, vigorosamente, hacia afuera. Rarísimos son los intelectuales que pueden vitalizar una extensa cantidad de conocimientos. Por lo general, lo simulan con sutileza, cuando la pedantería les deja campo libre para este homenaje a la cordura mental. El filósofo prefiere contemplar la naturaleza a memorizar cifras; vivir el drama humano, a comentarlo, en tono doctoral y complejo, sobre las pastas de los volúmenes. La escasez de talento empuja a la falsa erudición; la amplitud de recursos, al estudio directo de la realidad, por comprometedor o difícil que sea. Filósofos, artistas y hombres de ciencia: enseñad a los eruditos a aprovechar vuestras armas.

206

Muchas veces el escritor interrumpe su tarea creadora, para repetir una idea oportuna, pero conocida. No hace otra cosa, en este momento, que adaptarse a una exigencia presente. No olvidemos que es un misionero capaz de deponer su orgullo o su interés personal, en favor de los otros.

52

Mas, ¿no realizaría mejor obra, siguiendo, con obstinación, el propio ascenso de sus ideas? Estas dudas se resuelven tomándose el costo pasional de escribirlas; conquistándoles, por asalto, la novedad del matiz que las plantea o de la imagen que logra expresarlas.

207

Las virtudes y los vicios tienen una propia fisonomía en cada uno. El moralista habla de ellas como si fueran idénticas. La norma las generaliza, suprimiéndoles los innúmeros matices que la personalidad del que las goza o las sufre, les imprime. El virtuoso es, como el vicioso, en particular, inconfundible. Cada uno es dirigido por su propio demonio.

208

La guerra es, generalmente, un movimiento de acomodación como el de las tempestades sísmicas. Pero, como ellas, puede tener otros motivos. En estos casos, la responsabilidad humana la sublimiza o la agrava.

209

Pocas veces, como Montaigne, un escritor ha logrado mayor celebridad, con menor número de ideas propias y mayor cantidad de opiniones prestadas.

210

El tiempo es individual y relativo a la mayor o menor vitalidad de cada individuo. Goethe apreciaba el suyo propio, exigiéndole el mayor contenido posible. La elasticidad temporal se mide por las diferentes densidades de trabajo: a más vigilancia corresponde un rendimiento más grande, un tiempo mejor dispuesto y distribuido. La concepción del tiempo señala el valor espiritual del hombre. El social es superior a la suma de los particulares. Puede ha-

53

blarse de un tiempo hispanoamericano; de un tiempo yanqui; de otro oriental; y del europeo. El primero es nebuloso, con ligeras tendencias al orden; el de Norte América es industrial: persigue, especialmente, la obra externa, en función del confort; y no con mayores tendencias al equilibrio artístico. El oriental es el del sueño y del nirvana—El japonés es cosmopolita—. El europeo es el del equilibrio: industrial y culto a la vez. Se observa con todas sus características, en París, en Londres, en Berlín, en Roma. Comparad al Vaticano con el más grande de los rascacielos de Nueva York y podréis establecer la diferencia sustantiva entre el tiempo industrial y el culto que los produjo.

211

El hombre empieza a ser culto, cuando adquiere un concepto claro de la fisonomía de su tiempo.

212

No podemos aconsejar, en sustancia, la distribución del tiempo ajeno: ha de ser la que descubra cada uno, en un largo y sostenido análisis de sus problemas íntimos.

213

¡Qué diferente el tiempo del poeta al del filósofo; el del ingeniero, al del músico; el del guerrero al del orfebre! ¡Y el de un poeta al de otro; el de un Mozart al de un Chopín; el de la mañana de Napoleón, al de la tarde de César! ¡El de la juventud de Leonardo al de su ancianidad!

214

¡Por qué, cuánto más grande es un hombre, me acerco a él con mayor confianza y seguridad en mí mismo?

54

215

- ¿Con quién harías, con más gusto, un viaje lejano?
 —Con Goethe.
 —¿No le harías a Sócrates la mejor de tus confidencias?
 —No, por cierto: hablaba demasiado.
 ¿Cultivarías la amistad de Jorge Sand?
 ¡No podría competir con Musset, con Liszt y con Chopin a un tiempo!
 ¿Conversarías gustosamente con Nietzsche?
 —No hablo con fantasmas.
 —¿Y con Schiller?
 —Demasiado cercano a Goethe para acordarme de él.
 —¿Y con Napoleón?
 ¡Ya lo creo! Repetiría, de modo automático, al verme, su célebre frase: "He aquí a un hombre".
 Así hablaría con mi demonio tutelar, de realizarse, alguna vez, mi proyecto más hondo.

216

La aspiración debe ser y es proporcional al poder de quien la sustenta. En raras oportunidades salta sobre la cima interior. Y, cuando esto ocurre, nos derrota la estepa de hielo, alumbrada por el incendio de Moscou.

217

Se desea más la gloria, por la desconfianza de que no exista la inmortalidad del alma.

218

¿Soy yo aquel niño que jugaba en mi aldea, a los barcos de papel? ¿Lo recordaré, acaso, como a algo desprendido de mí mismo, como a un paisaje lejano?

55

Schopenhauer: "Las cosas no tienen atractivo sino en tanto que no nos atañen". El recuerdo es poesía, por este encanto de lo distante que parece desligarnos de él. Pero, la afirmación de Schopenhauer omite el análisis que habría de explicarla. Lo ajeno absoluto, no existe para nosotros: algo hay, "en las cosas que no nos atañen", al modo del filósofo alemán, que es nuestro y que, por escurridizo y lejano, nos produce la amable nostalgia de haberlo perdido. Es un movimiento que se esfuerza por recuperarnos a nosotros mismos. Por su belleza triste y amable, reconocemos que tales cosas nos pertenecen, de alguna manera, en lo íntimo.

Sigue Schopenhauer: "La capacidad metafísica no va a la par de la necesidad metafísica". Un optimista diría: la existencia de una capacidad metafísica, por sí sola, la justifica. Digo yo: ¿No estamos jugando con palabras cuyo sentido es más hondo que el vulgar? Es posible que los dos puntos de vista respondan, en forma relativa, a lo que buscan: resolver un problema inmediato del raciocinio clásico. Sin embargo, esa razón está en crisis declarada desde que se ha descubierto que, en el fondo de todo punto de vista, se enrosca una inevitable antinomia. Por otra parte: ¿existe algo inútil? Ni lo antinómico, ni lo optimista, ni Schopenhauer, ni yo. Esto sería probar demasiado, si mi defensa de todo no constituyera un desafío al especialista que mira, al mundo, al través de un solo color, desde lo más hondo de un sótano. Si bien se observa, el alemán opera, contra la metafísica, sirviéndose de principios metafísicos. Y Schopenhauer no buscaba la contradicción adecuada, porque no quería contradecirse, dentro de su pensamiento clásico.

Schopenhauer habla del mundo, como si estuviera en el secreto de los resortes que lo mueven. Ha descubierto que

todo es sombrío, en los laboratorios mismos de Dios, bajo el consejo directo de su divinidad. Allí aprendió el sentido del amor, del dolor y de la muerte. Pero, si le dijéramos: ¿qué es dolor? No contestaría, por cierto, esa pregunta, fuera de la metafísica que repudia. Y sin contestarla su pesimismo carece, en sus más hondos aspectos, de fuerza. Tal vez la metafísica responda a una necesidad espiritual que ignoró siempre el misógino.

Definición de Schopenhauer: "La mujer es un animal de ideas cortas y cabellos largos". Ha bastado que la moda del cabello largo desapareciera, para que la frase se considere anacrónica. También ha bastado que la filosofía clásica esté en crisis, para que su pesimismo quede en ruinas. Si no fuera un excelente escritor, muy poca cosa de él se habría salvado.

Diálogo con el pirrónico:

—¿Aceptas que para juzgar una cosa, la debes conocer enteramente?

—Lo acepto.

—¿Por qué acusas, entonces, de malo y de mezquino al mundo?

—Lo mismo podría decirse del optimista: para él todo es bueno.

—¿Quién te ha dicho que reservo el castigo sólo para tí?

Diálogo de las aguas:

—El río: amo el declive porque en él resbalan armoniosamente mis aguas.

—El mar: y yo los anchos fondos de la tierra porque sobre ellos reposo con dulzura en la quietud y me contorsiono con fuerza en la tempestad.

—El lago: me engasto en los montes como una piedra preciosa y por esto los acaricio con la suavidad de mis ondas.

—La nube: en la altitud forjo la tempestad y contemplo, orgullosamente, sobre ellos, el río, el mar, el lago, las grandes llanuras y las vastas montañas.

—El hielo: cuajo en los polos y en las cordilleras, en una impecable blancura.

—Y yo, terrible y desolada, me deslizo en las mejillas del hombre: soy una lágrima.

Después entraron a dialogar, del mismo modo, en inacabable misterio, las ideas. Todas, comentando su diverso destino, en los sitios más opuestos de las almas humanas.

225

No un sistema cerrado: un método, en ascenso continuo, que examine la mayor cantidad de gestos que se haga, a sí misma, en cada época, la naturaleza. Un método capaz de ser desenvuelto por sus propios poderes, de acuerdo con los estímulos que lo soliciten. Un gesto, renovado siempre, frente a las otras formas gesticuladas de la vida y del mundo.

226

Relativa autonomía de los sentidos: véis a otro con la cara ligeramente hinchada. A tus ojos se trata de algo diminuto. A los de él, frente al espejo, el fenómeno está lleno de interés. Pero antes de verse en el vidrio, el abultamiento le parecía mayor. La imagen visual dice una cosa; la táctil otra. Los dedos cruzados dan una doble impresión de un mismo objeto. Y no estamos seguros de que el sistema nervioso esté arreglado, por entero, de acuerdo con la realidad externa. Hay quien supone que algunos insectos ven al través de las paredes. ¿Cómo tendrá, el ratón japonés, que sólo aprecia dos dimensiones, su sistema sensorial? ¿Si tuviéramos el olfato de la hormiga o del perro!

58

227

Se arrastra una serpiente en el jardín. ¡Qué pánico!, observa un niño; ¡qué interesante!, exclama un naturalista. Y el pájaro comedor de serpientes: ¡magnífica cena! El zacate la oculta y la flor la perfuma... Schopenhauer, en tanto, burla al poeta optimista que describe el jardín; y exalta, con negros colores, la presencia de la serpiente. Misógino: el conjunto es más sabio que las partes.

228

El filósofo sistemático pasa a la categoría de gregario. El otro acepta el arma del soldado, sólo dirigido por el imperativo pragmático de la vida.

229

Categorías del desdén: es mayor el del científico para el filósofo, que el de éste para aquél. Sucede que el filósofo comprende al otro; y el científico desconoce, casi por entero, los problemas de la filosofía. Más parecido al del artista es el del sabio, para las disciplinas que les son ajenas. Queda así demostrada la mayor amplitud de la filosofía, sobre la ciencia y el arte. Hay otros desdenes de clase inferior: el del hombre práctico, el fenicio, diría yo, dirigido contra el resto de los hombres. Cuanto más agudo, más limitado; cuanto más limitado, más digno del menosprecio de la gente seria.

230

Categorías del odio: el odio racionalista; el odio por antonomasia o emotivo; el odio salvaje. El primero es el resultado de la filosofía pesimista especialmente: el de Schopenhauer por la mujer y por la vida. A pesar de que este filósofo racionaliza tal odio, es posible que se desprenda de razones afectivas, objetivo de un análisis psicoanalítico. En este caso, carece de esenciales razones, porque la verdad no debe des-

59

prenderse de la interpretación y menos del impulso de cualquier complejo interno. Un dato curioso es el de que el misógino tenía a veces, como lo cuenta en LAS CIENCIAS OCULTAS, los mismos sueños de su criada. Es decir que su odio por la mujer era ilimitado hasta cierto punto. No hay odio intelectualista sin motivos de otra índole, que son los que le transmiten su verdadero carácter. El emotivo o pasional, es el del hombre, en términos generales considerado, en cuanto es artista. Nace de un impulso fallido; de una represión libidinosa; de la angustia de no haber podido hacer algo placentero: es un objeto de estudio del hedonismo. El otro, el salvaje, es el de la fiera atacada o el del hombre herido en sus intereses vitales. No pertenece, como podría suponerse, al hombre prehistórico: lo tienen, en estado latente, todas las criaturas. Y no espera sino la oportunidad de manifestarse frente al esencial estímulo que lo solicita. Aunque las categorías no son otra cosa que simples conceptos, busco derivarlas en su fisonomía de instrumentos útiles, en la observación de cierto criterio ambiental que las señala.

231

El perro, el pez y el águila:

—El perro: quisiera hundirme en el estanque, para morderte, animal extraño.

—El pez: y yo en lo más hondo, para salvarme de tus amenazas.

Un águila, en el peñón cercano.

Pienso cómo herir al perro; pero ni siquiera intento acercarme al agua.

No están satisfechos, estos animales, con los peligros de su propio ambiente: intentan desbordarlos. No olvidemos que hay hombres peces, perros y águilas. ¡Científicos, filósofos y artistas!

232

Mucho le faltaba a Kant para envolver su filosofía en el sutil encanto del arte. El tratado seco y adusto, es una

invitación exclusiva y por singular manera aristocrática, al estudio de un escasísimo número de lectores. El aforismo ofrece infinidad de recursos de penetración en el alma de toda clase de letrados. A veces el escritor suspende hábilmente la atención de un problema abstracto, para acogerse a lo pintoresco del símbolo, aunque en oportunidades no se quiere expresar, con él, más que un modesto cuerpo de triviales ideas. Se trata del descansillo arquitectónico de la escalera. No se asciende en él: se descansa y se espera. Si Kant y la mayor parte de los filósofos alemanes hubieran tenido la plástica fantasía de Goethe, de Schopenhauer y de Nietzsche, sus obras habrían penetrado, con mayor fuerza, aún, en los predios de la cultura humana.

233

Los mejores escritores del mundo se salvan por el fondo y por la forma: Homero, Platón, Dante y Goethe, son los arquetipos. Si sus ideas llegaran a envejecer, el resplandor de sus formas los haría sobrevivir siglos. En cuanto envejezca la dialéctica hegeliana, se empolvará su lógica, para siempre. Kant y Fichte vuelan con un ala.

234

Todo es tan relativo, que hasta las desgracias más grandes tienen sus aspectos ventajosos. La guerra es una lección para la paz. Tan relativo, que las más grandes venturas producen inconvenientes. La paz distiende y relaja, en centenares de hombres mal educados, los nervios y las ideas. Tan relativo, que hace llorar al hombre en las alegrías más densas como en los dolores más hondos. Los opuestos no tienen límite alguno: son masas que se confunden, más allá de las categorías o de las clases; más allá de las ideas, de los sentimientos y de los deseos mismos del hombre. ¡Todo es tan relativo, que hasta lo relativo es relativo!

235

—Dadme un adarme de verdad y reconstruiré el mundo sobre él.

—¿A qué tipo de verdad te refieres?

—¡Si lo supiera!

236

—Los poetas pasan la vida cantando las bellezas de la luna.

Si vivieran en ella, ¡volverían los ojos a la tierra para cantar las de un astro cuarenta y nueve veces mayor!

—Un tercero que escuchaba el diálogo:

—Por luminosa y grande que se viera la tierra, vista desde allá, yo no olvidaría tan fácilmente: me transformaría en pesimista. Amo la luna, porque el engaño es cuarenta y nueve veces menor.

237

No rellenes: crece naturalmente, como el árbol.

238

Si hubiéramos nacido y vivido en un avión, sin descenso alguno al aeropuerto, conoceríamos lo móvil, no por nuestra velocidad, en suspenso siempre, sino por el escape, bajo nuestros pies, de la tierra quieta. Luego lo analizaríamos en nosotros mismos, en relación con el descubierto en la quietud de abajo. ¡Millares de cosas conocemos por referencias de índole parecida!

239

No nos conmueve, el dolor lejano, por gigantesco que sea. En cambio nos acongoja el pájaro herido que grita en nuestras propias manos. ¿Qué clase de fenómeno es este?

¡Es que el hombre no se convencerá nunca de que lo no visto o tocado por él, existe! Lo que el raciocinio alcanza a millares de leguas, el yo afectivo no lo entiende con una pared de por medio: es ciego.

240

El yo afectivo no tiene ojos. Pero, tocadlo y veréis cómo el circuito corto lo incendia y lo devora todo.

241

El valor apreciativo del raciocinio se mide por lo extenso de sus alcances; el del yo afectivo, por lo condensado y voraz de su fuerza. Por eso el yo ideológico es el lazarillo; y el yo afectivo, su pobre ciego.

242

Cuando lo emocional se asoma por la ventana de la intuición, se redime y sobrepasa lo que el raciocinio no alcanza; desecha su ceguera y se transforma en Argos.

243

Lo intuitivo es lo emocional sometido a una incalculable presión. Puede ser frío como el hielo o ligero como el éter. El calor inicial se ha trasmutado, dentro de él, en luz.

244

La voluntad es el impulso de la fuerza que ha probado ya su camino. De otro modo no se movería de su sitio.

245

Platón coloca las ideas sobre las cosas: son sus arquetipos. Aristóteles, dentro de las cosas: son su esencia. Los

racionalistas, en el concepto. Los intelectualistas, en lo conceptual y en lo empírico. Creo que no se puede situar cabalmente la idea, sin conocer su límite absoluto y preciso. Por desconocerlo, la filosofía pendular oscila de un extremo al otro, sin hallar punto de reposo.

246

Sabemos que las ideas humanas están en la mente del hombre. Este no es una unidad, una cosa aislada de lo otro; es, más bien, una proyección del universo. Por tanto, él, y lo otro que exista dentro de él, está conectado con lo infinito. Las ideas son, pues, un ovillo de hilo cuyos extremos están perdidos en lo demás y enredados con lo otro, más allá de los mundos. Por otra parte, ¿son, las ideas, una cosa uniforme y simple? Bien se ve que sería posible definir, nada más, lo homogéneo y preciso, dentro del límite. ¿Qué rumbo ha tomado este imponderable mito uniforme de la filosofía clásica?

247

El arte puro y el pensamiento puro serían la negación de la vida: no existen.

Lo categórico puro se opondría al flujo heterogéneo de lo vivo: tampoco existe.

248

El que simplifica lo complejo no hace más que desfigurarlo.

249

El hombre no es sólo un espejo en que se reflejan las extrañas imágenes: también tiene su realidad reflejable dentro de él o fuera de él. Es una masa: no una simple lámina con mercurio en la espalda.

64

250

El positivismo clásico generaliza. Esto es, deforma lo particular en lo general. El neo-positivismo fija, dentro de lo posible, lo particular en un instante dado del tiempo y en un sitio dado del espacio. Ejemplo: el trabajo de un hombre, en un minuto de la mañana, es diferente al del siguiente minuto; o, con más hondas distancias, al de cualquier minuto de la tarde. El neo-positivismo plantea sus problemas, dentro de un cuadro de relatividades. Y es tanto más amplio, cuanto mayores sean los puntos de relación que establezca.

251

El neo-positivismo no acepta la cristalización invariable de los conceptos o los otros panoramas vitales. Todo es un flujo infinitamente rico en diferencias, cuyo poder sorpresivo es incalculable.

252

En la sublimación del egoísmo, la virtud; en la sublimación de la virtud, la santidad. El santo es un ser egoísta que desea envolverlos a todos, en su propia alma.

253

Grados de la caridad: la dulce y suave que dá por el goce mismo de dar; la que estudia un propósito determinado, para dar con verdadero provecho; la que niega o golpea, para levantar el ánimo del mendigo... Por ignorar que la última era, también, cristiana, el autor de EL ANTI-CRISTO declaró que, la sospechada por él, era un crimen. Sé que es posible dar con el mendrugo, con la flor, con el silencio y con el látigo.

65

254

Supera, a la ternura de la mujer, en circunstancias análogas, la del hombre, porque su paradoja es más grande: la miel desbordándose sobre el puño de la espada.

255

El dolor moral que no desespera, edifica siempre.

256

Cada prueba a nuestro carácter, le exige al hombre improvisar recursos de defensa. El carácter no es más que un poderoso antecedente; pero nada más.

257

¡La responsabilidad de saber que, en cada instante que pasa, asoma, en mi interior, un nuevo hombre! ¡Y el dolor y la alegría de saberme, a pesar de todo, el mismo!

258

Lo que me maravilla en el hombre insincero no es su maldad, sino su falta de imaginación.

259

Grados de la fantasía: la infantil, que ata y desata imágenes para el juego; la del joven, tendida voluptuosamente hacia el sexo; la del hombre, que hace elípticas al través del espacio y del tiempo, para dominarlos; la del anciano, que resucita figuras antiguas, para acabar de vivir entre ellas. La del científico, con sus hipótesis; la del artista, con sus símbolos; la del filósofo, con sus sistemas. ¡La imaginación creándolo todo, sobre la realidad intangible!

260

Entre tu verdad y la mía no hay más que un paso: el que nos diferencia. Mírate en el espejo y mírame. ¡Si las almas pudieran verse en los espejos!

261

La inteligencia, el ingenio, el talento, el genio. Entender es lisonjero; hacer juegos de palabras y de imágenes, divertido; mover pacientemente grandes motivos de cultura, es serio; y arrebatarlo todo por asalto, sublime.

262

El crítico:—más allá del genio, Dios.

Yo:—el genio no es otra cosa que la cuarta grada, en la escala sin fin.

263

Si por un milagro encontráramos la verdad, habríamos de ponerla en olvido, con el fin de tener el coraje de buscarla de nuevo.

264

Hermana:—ancha, tu frente. Posada sobre ella, un águila.

Hermano:—mensaje atlántida. Lo recibo de tí, dispuesto a entenderlo.

¡Un sueño, un sueño! ¡Y no es, por ventura, la verdad, un sueño?

Un tercero:—luego hay quien sueña el sueño, hermanos.

265

Si no hay límite absoluto que separe lo empírico de lo subjetivo, las "verdades racionales" y las "de hecho" a que aludía Leibniz, no son más que aparentes partes extremas

de un conjunto dado. El conocimiento **a priori** de las primeras y el **a posteriori** de las segundas, pueden no ser, en el fondo, todo lo anticipados o postergados que se pretende. La matemática, "ciencia de razón", **a priori**, puede aplicarse en cierto modo, a la realidad externa, porque es posible que proceda, en lo esencial, de ella; o que se junte, de alguna suerte, a ella. En cambio, "las ciencias reales" o de la naturaleza, no podrían asimilarse, **a posteriori**, a ciencia subjetiva, sin estar cruzadas o emparentadas con ella. Donde no existe analogía de origen no hay unión posible.

266

Hay una manera de saber qué es el conocimiento: conocer su esencia. Pero ¿qué es esencia? Cuanto más abstraemos para suponerla, más nos alejamos de la realidad multiforme e infinita. Lo esencial, según nuestros imaginativos filósofos, es algo simple y último que constituye las cosas. Y no hay cosas simples, ni últimas.

267

Si probamos que algo no puede existir, también probamos su inutilidad ideal y objetiva.

268

Las definiciones de la palabra filosofía han sido idealistas. Juego de ideas sobre el macrocosmos y el microcosmos; el de lo no yo y el yo, respectivamente. O el principio, más completo, para definirla. Pero, una filosofía que abarque además lo emocional y lo volitivo de las ideas, impone una nueva definición: filosofía es la actitud que las ideas, alimentadas por la emoción o el sentimiento y movidas con determinado fin por la voluntad, busca conectarse integralmente con todo, en su aspecto verdadero, moral y estético. Esta verdad, esta moral y esta estética, pueden ser, de acuerdo con los más diversos puntos de vista de la cultura

contemporánea, definidas o discutidas de acuerdo con las múltiples tendencias de los filósofos. Sólo se les exige que traten en forma integral el asunto, dentro de las ideas, en su contacto complementario con el sentimiento y la voluntad. Lo ideológico viene a ser un sólo aspecto de la filosofía nueva; lo sentimental o emotivo, otro; lo referente a la voluntad, el otro. Es una ciencia, un arte y una teoría de la conducta.

269

Dos formas de filosofar: unos estudian si las cosas son quietas o móviles; otros querrían saber qué es el movimiento y la quietud. Muy pocos son los que, antes de plantearse estos problemas, analizan cómo es que filosofan. Y menos los que, una vez revisada su teoría del conocimiento, reconocen su relatividad y esperan, más allá de la razón conocida, otras. Para ser más exacto, no conozco a nadie suficientemente fuerte para asumir este último gesto.

270

Aunque espero otras razones, no puedo menospreciar la que tengo en servicio. Debo hablar la lengua de la ciudad en que vivo.

271

Todo lo que es, es superable; la conciencia es, luego es superable; el hombre es, luego es superable.

272

Si pudiéramos colocarnos fuera del tiempo y del espacio, veríamos las figuras de todos los objetos prolongarse hacia lo pasado y lo porvenir, en tantas direcciones quietas, como movimientos existen. ¿Habría seres, en otros planetas, capaces de apreciar semejante espectáculo sin salir de él?

273

Una doble tragedia: tener que vivir, por fuerza, desempeñando el doble papel de actor y de espectador. Y otra más honda aún: ser los más atentos espectadores de nosotros mismos.

274

Nos quejamos del trágico que mata a la mayor parte de los personajes de su obra. Para copiar la naturaleza, en un arranque de positivo realismo, debiera condenarlos a muerte, desde un principio, a todos.

275

Optimista:—creo en la supervivencia del alma.

Pesimista:—eres más pesimista que yo: por mi parte, creo en la muerte de todo.

276

No me interesa mucho saber si morimos o supervivimos. Sólo me subyuga saber que detrás de esas palabras, hace signos la mano de Dios.

277

Un sucesor de Demócrito:—se nos ha asegurado una inmortalidad: la de los átomos indestructibles que nos forman.

278

El cisne:—canto para morir.

Un poeta hindú:— muero para cantar.

Un cerdo:—¿Qué es la muerte? ¡Dejadme!

279

La flor:—mis fines son el color, la forma y el perfume.

Un filósofo:—¿te engañas! No eres más que un medio para el fruto.

280

El padre:—la paz se obtendría, y con ella la felicidad de todos, con un justo reparto de las colonias.

Un hijo de diez años:—¿y las pobres colonias, padre?

(Diálogo auténtico entre mi hijo Alfredo y yo).

281

Vivo en la mayor humildad: ¡todo lo he gastado en la educación jubilosa de mis hijos! Sin embargo, después de esto, los he convertido en mis propios maestros.

282

—¿Qué ganan tus hijos con la propiedad literaria que les otorgas?

Yo:—nada, tal vez: no he hecho más que darles lo mejor de mí mismo.

283

Regular, bueno, muy bueno, excelente, extraordinario y sublime. Un ejemplo de la pobreza idiomática. Se comprueba esta pobreza cuando, antes de emplear a un hombre, se le piden informes sobre sus capacidades y su conducta, de parte de una reconocida autoridad. Si la recomendación dice: "un trabajador bueno" y nada más, preguntará el amo cosas parecidas a éstas: ¿tiene usted buena salud? ¿Es puntual? ¿En qué sitio vive? ¿Qué otras referencias puede ofrecerme? Además, lo mide de pies a cabeza, con los ojos, buscando algo que la pobre palabra "bueno" no ha podido circunscribir. Un mal color del rostro, una voz desagradable, del recomendado, bastan para que el jefe lo man-

de a paseo, con cualquier dilatoria por el estilo: "Lo tomaré en cuenta cuando haya oportunidad..." Y que se muera de hambre el trabajador "bueno".

284

Todo es hondo, oscuro, difícil, complejo, inextricable. Y, no obstante, hacemos sistemas filosóficos transparentes; cristalinas explicaciones de arte; leyes nítidas y precisas; o actos de una sola pieza, como láminas de oro labrado.

285

Entre las palabras y la realidad hay una distancia muchas veces mayor que la existente entre ella y el pensamiento que la formula.

286

Cuanto más demoledora es la parte crítica de un filósofo, más sólida es la constructiva. Parece que la realidad es guerrera y sólo se deja tomar por asalto.

287

Lunares y manchas: lo fuerte suele ser grosero; lo fino, afeminado; lo simétrico, mediocre; lo sinfónico, bullicioso; lo cortés, hipócrita; lo bueno, débil; lo malo, heroico...

288

Lo que importa es no chocar contra la costumbre establecida. En Atenas no era cosa peregrina hablar de la belleza de Alcibíades; entre nosotros da asco ver a los muñecos de salón y de parque.

72

289

Los escritores sin estilo, que triunfan, son como las grietas de ciertos volcanes: calientan más en proporción a su mayor salvajismo y espontaneidad. Pero el menor movimiento puede hacerles desaparecer. Son más humanos, en una forma, pero menos, en la medida en que ignoren más lo artificioso. Lo humano es masa informe y oscura; pero, también, encaje y cuño. Catedral con piedra tosca por dentro; y arcos, columnas y cúpulas, por fuera.

290

La adversidad nos hace fuertes, si no nos dejamos aplastar por ella.

291

Cuando hablamos de lo artificioso, pensamos, en cierto modo, que existe algo fuera de la naturaleza, que la deforma. Tal pensamiento es, en el fondo, engañoso: un buque, una taza de porcelana o una moneda, son tan naturales, como el pedrusco del sendero. Pero como hay cosas naturales que nos agradan más o menos, existen actitudes del artificio, del estilo, que rechazamos por instinto o por técnica. El buen gusto, mezcla de lo técnico y de lo instintivo, es el supremo juez de lo natural, en todas sus formas: de las espontáneas y de las artificiosas.

292

El mejor técnico es el que sabe disimular su técnica hasta parecer espontáneo. Y el peor, el que trabaja con la maquinaria al aire.

293

La variedad excesiva se torna en monotonía. El espíritu monótono y perezoso de cierto lector, pide

73

orden, método, ritmo. Por eso el hombre de talento le satisface más que el genio.

294

El público es macho: no se le conquista adulándolo. Donde no hay nada malo que decir contra él, despéchalo con el silencio.

295

Schopenhauer, Nietzsche, Heine y hasta Goethe, sabían hablar mal de su público, de dos maneras: insultándolo o aplaudiendo la cultura francesa. Tenían razón de hablar mal de Alemania, puesto que ellos, que formaban su gran espíritu, no se podían ver a sí mismos. Shaw, en Gran Bretaña, sigue en la farsa golpeándola para someterla a su gloria. ¡A tal público, tal método de lucha!

296

Espero que la literatura americana pase, de la forma al paisaje—por ahí va—; del paisaje a la emoción; de la emoción a la idea; y, por último, que se prepare a recibir al gran mensajero: el de la filosofía integral contemporánea. Desgraciadamente vamos despacio, pero mal.

297

América no es "el continente estúpido": no es lo salvaje que se necesita para escribir novelas sin estilo; y lo bastante ágil para saquear a los novelistas rusos; y sustituir con el robo, lo salvaje con lo más hondo de la literatura extranjera.

298

Si Grecia se hubiera dado cuenta del mérito de sus filósofos y sus artistas, los habría vestido mejor que a Salomón; y les habría obsequiado un banquete diario. ¡Pero em-

pecemos porque el mismo Platón desterró a los poetas de su República! ¡Si aquellos vivieron y murieron con la cicuta en las manos, que los nuestros se mueran de hambre! Pero, ¿quiénes hacían tales cosas con los mejores griegos? Con dificultades sabría un erudito satisfacer, a medias, semejante pregunta. Sólo sabemos que miraban a Sócrates, con desprecio, por las calles de Atenas.

299

A los ciegos no les habléis de la luz; ni a los sordos del sonido. Esperad, pacientemente, que haya quién vea y quién oiga.

300

Siempre asustó a los tímidos, la fe en sí mismos que saben tener los fuertes.

301

Palabras sin sentido edificante: las técnicas que se hacen vulgares en manos del mundo iletrado; las del universitario que habla doctoralmente, sin haber dicho nada propio en su vida.

302

Qué gran esfuerzo para amar a cada hijo de un modo semejante a los otros. Al principio no advertí este impulso instintivo por la equidad paternal. Luego, no sabía explicarme cómo, al mirar a cada uno de ellos en particular, lo amaba tanto que, en ese instante, olvidaba a los otros. Pero después he llegado a comprender que amo al conjunto, en cada uno de ellos, hasta el punto de que todos podrían sentirse preferidos, si lo quisieran. Terrible paradoja: ¡a cada uno se le adora igual, pero más que a los otros! Cuando sufro, pienso en Malthus y tiemblo. Me sereno más tarde porque sé que la naturaleza sabe más que Malthus; y en ella descargo la inmensa responsabilidad de haberles dado, para

el dolor, en gran parte, la vida. Sin embargo, algunos de ellos saben que es tan interesante y maravillosa, que bien vale la pena de ser experimentada. A estos los miro con la serenidad de un alma griega.

303

Diálogo con mi hijo Attilio:

—¿Cuál de estos aforismos le agrada más: el 294 o el 290?

Palabras suyas:

—“Sólo sé que cuando miro al uno, olvido al otro”.

304

Si el hombre fuera infinito, sería aceptable aquella frase que dice: “No hay nada nuevo bajo el sol”. Pero es finito, al menos en su apariencia humana y, por consiguiente, le queda un infinito por descubrir. El escritor puede ser original y debe serlo. Ha de colocarse, con este propósito, en una perenne expectativa de lo nuevo; no de modo que lo prefiera a lo verdadero. Mas, como todo en él es nuevo, instante por instante, debe captarlo. Y tal necesidad impone el gesto voraz de la fiera que apresa, de un salto, a su víctima. En torno suyo todo es estímulo; o promesa de estímulo. Su interpretación ha de conquistarle, de la vida y de las cosas, la idea inconfundiblemente propia, personal, que la caricia de su gesto exige, más que solicita, de los pequeños y de los vastos fenómenos.

305

La mentalidad, imaginariamente estereotipada del público letrado y del vulgar, solicita lo parecido a lo suyo. Y rechaza las ideas y las formas originales. Buen estímulo a fin de probar la capacidad guerrera del artista o del filósofo. Sin resistencia, el hierro no amartilla; ni el mazo modela. En este sentido decir “original”, equivale a invocar un grito permanente de lucha.

306

Por qué hablo en primera persona en el curso de esta obra: porque el yo que se siente vivir a sí mismo, sin tomar prestado nada más que lo indispensable a que tiene derecho todo hombre, es descarnado y franco; porque el orgullo de ser así, no es pecaminoso, como la vanidad del macho débil; porque estoy dando mi propio paisaje; y no debo darlo con rubores de hembra, genuflexa y tímida; porque el pretense buen sentido del “hombre social”, es, en suma, una escapatoria de la realidad, opuesta al desborde del gesto. Y no quiero que se diga de mí lo que podría formularse de Pascal: enemigo del yo, sin salir de sí mismo para combatirlo. El imperialista se cubre la cara con un abanico espejeante, en que se refleja a escondidas, su propio rostro. De esta suerte puede sonreírse a sí mismo, como Narciso, en la fuente, tras su varillaje hipócrita.

307

En lo social hay que dar muchos pasos atrás, para encontrarse a sí mismo.

308

Volvamos al retiro del yo, como se retorna al hogar abandonado en los últimos rincones del mundo: con la inmensa ternura de volverlo a encontrar. El desamparo de afuera nos trae conturbados al modo del naufrago. Y hay que ser todo lo humilde y lo orgulloso que sea necesario, con objeto de volver a decirse: ¡Aquí estoy, por fin! ¡Recíbeme, que tengo hambre de estar conmigo mismo!

309

Sólo el yo, desnudo y solitario, trae un mensaje.

310

También habló Jesús, en la cena, en primera persona. ¿Quién es Pascal para contradecirlo?

311

Una dalia:—nosotras, las dalias, no queremos ofender, con nuestros colores, al jardín.

Se inclinó luego a orillas del remanso, para contemplarse, vanidosa, en sus aguas.

Una violeta:—¿tendré yo colores demasiado vistosos? Y se envolvió, llena de miedo, en su propio perfume.

312

La persona, cosa digna y en camino hacia la divinidad, es yoísta; el individuo, unificación biológica, sin libertad ni dignidad, es parte plana—no humanista—, del todo. La primera es algo diferente; el segundo, lo cristalizado idéntico de un modo de ser más amplio, que lo diluye, lo aplasta, lo olvida. Soy persona, luego soy yo; y debo hablar con la dignidad y la fuerza existencial del yo. Lo otro, lo mecánico en mí es lo individual en mí: mi caballo de viaje.

313

Las razones de la existencia de "la persona" son tan precarias, como las del "individuo". Pero yo no sé qué podría hacer el hombre sin "personalidad": y esto sí es poderoso argumento para aceptarla; al menos sobre el muñeco mecánico de los materialistas, arrebañado en la estantería de alguna uniforme dialéctica del siglo XIX.

314

Preguntas necias: qué es primero, ¿el hombre aislado o la sociedad? Qué vale más, ¿muchos yoes o un solo yo so-

litario? ¿Debemos legislar tomando a la sociedad o al yo aislado como un fin, el único fin? Por el afán simplificador se hacen preguntas por el estilo, para llegar, premeditadamente, a un resultado simple y plano como una tabla.

315

El hombre es una masa, misteriosa y compleja, que ha tenido la dignidad de haber sido creada por Dios: no una gota de agua, una lámina de cristal o un pentagrama de música criolla. Algo más que un número de celda. Sobre la gota, sobre la lámina y el pentagrama, también creados por Dios, suspira y sueña por la Divinidad, situando su esperanza más allá de sí mismo. El hombre es yo. Por eso, cuando habla en primera persona, invoca, como Jesús en la cena, todo lo patético de su virtud, hecha sangre y carne.

316

Como las estrellas no son iguales, Dios les tiene su órbita propia y distinta. Y los hombres son diminutas estrellas.

317

Sin la presencia de la tierra, buscaría la luna acomodo diferente en remotos espacios.

318

Cada hombre es una fuerza que atrae y repulsa a los otros.

319

Grados de la amistad: la que existe entre un sol y otro: la que media entre un astro y sus satélites; la que une a un satélite y otro, en un mismo sistema.

320

Todas las cosas y los hombres alumbran; de reflejo o por cuenta propia.

321

Como cada cosa es un símbolo de otras mayores, estudiándola atentamente puedes reconocer, en lo cercano de ella, lo distante que ilumina con su imagen simbólica.

322

Sólo es posible presentir, lo que ya está dado, de algún modo, en uno mismo.

323

Te sorprende saber que un hombre de ciencia, ignore un aspecto fundamental de su especialidad; que un artista cincele, alguna vez, un adefesio; o que un filósofo diga una cosa vulgar, sin sentirlo. Es que la sabiduría no es algo simple, dominado por una facultad homogenea.

324

Hay escritores profundos y claros, que parecen oscuros por su profundidad; otros, superficiales y oscuros que parecen profundos por su oscuridad. El crítico incapaz de reconocer el fenómeno, los cataloga, con igual desprecio, en la misma gaveta.

325

Los filósofos hablan de una dualidad correspondiente al fenómeno del conocimiento: la que se denuncia entre el poder que conoce dentro de uno, y el objetivo conocido.
¿Pero es que son dos unidades absolutas, de verdad? ¿No

están, propósito cognoscente y objetivo cognoscible, ligados, al modo de vasos comunicantes, para que uno dé la imagen y el otro la reciba?

326

En este juego de espejos de la sabiduría, lo que más importa es la limpidez del cristal que los conforma: no la del reflejo que reciben.

327

La primera calumnia que se me hizo me llenó de indignación y de desconsuelo. No necesitó ser una cosa esencial para producir tal efecto. La segunda, de análogo carácter, revivió la herida anterior: la protesta que hice fué violenta. Pude medir, entonces, que hubiera sabido, de ser yo un hombre inferior, rechazarla, devolviéndola. La tercera me resintió con el mundo, que me pareció ciego para el elogio de la virtud. Recibí la cuarta—rechazada por el público mismo—, con una sonrisa benévola. Y la quinta, con profunda indiferencia y hasta con una exaltación íntima de mi propio valor. Y aquí estoy, enemigos míos: os veo, desde hace años, buscando la grieta con ánimos de partir el bloque. Os reconozco en la sonrisa engañosa que me otorgáis en la esquina o en el parque; os veo llegar, diabólicos, en mil formas diversas. Aquí estoy forjándome, día a día, con mi propio hierro. Estáis en deuda conmigo: no habéis hecho otra cosa que mancharos, con vuestra propia intención de mancharme.

328

En la conciencia colectiva llega a reflejarse, tarde o temprano, por no sé qué misterioso conducto, nuestra imagen íntima. Sobre ella me he inclinado, más de una vez,—y en minutos terribes de la lucha—como sobre un espejo. Y no por santo: por hombre. Existe el espejo: para él trabajamos en el desamparo de una desnudez íntima, que no sos-

pechan los pícaros. El fenómeno se comprueba, a largas distancias, en el momento en que los valores toman su propio acomodo.

329

Es tan difícil escribir grandes cosas, que sería sencillo llenar muchos volúmenes con pensamientos triviales, firmados por los más selectos ingenios.

330

Un elemento esencial del pensador es la destreza: con ella es capaz de sorprender los más interesantes matices, de las realidades más fluidas y ligeras. La lentitud de las ideas, en cambio, los deja escapar: el objetivo sobrepasa la movilidad del lente que lo observa.

331

El escritor diestro no sólo observa su objetivo: además, la distancia que lo separa de él; y los instrumentos mismos con que lo observa, lo descompone y lo mide. Como se ve, su trayectoria de cazador de ideas es tres veces más vasta y más difícil, que la del escritor lento que se satisface con un propósito limitado de estudio.

332

Decía Ciro: "No es digno de mandar a los otros hombres aquel que no es mejor que ellos". Bella sentencia. Pero, ocurre con esta, como con el mayor número de ellas: al aplicarla, innumerables fenómenos insospechables la relativizan. Ejemplo: con frecuencia hombres eminentes resultan incapaces para dirigir un colegio, una universidad, un laboratorio. En cambio, un espíritu ignaro nace para dirigirlos. Se dirá que en este caso el sabio es inferior al mediocre que lo manda, en cuanto se refiere a sus capacidades administra-

tivas. No obstante, resulta paradójico que disfrute más del poder quien menos lo merece.

333

Un país no es culto si deja en la miseria y no sabe pagar bien a los hombres que lo honran. Aristóteles decía: "La sabiduría es un adorno en la prosperidad y un refugio en la adversidad". Estos dos pensamientos se oponen, en cierto modo. En un bajalato africano o en cualquier comarca que se le parezca, el sabio podría aprovechar, con amplitud, la sentencia aristotélica, porque el abandono público deja al azar a los representantes de la cultura. En un país de otra índole, la frase del peripatético resulta anacrónica: en él no hay miseria ni prosperidad para el sabio, el artista o el filósofo.

334

Poeta pesimista, el autor de La Eneida, decía: "¡Dichoso el que puede conocer el por qué de las cosas!" ¿Adónde está ese hombre? Pesimista, sin serlo por el resto armonioso de su obra. Somos tan múltiples que, de igual manera podría caber todo hombre, tomado en fragmentos, dentro de las más diversas tendencias.

335

Modos de sobrevivirse, según Everett: a sí mismo; a su época; a su idioma. Agrego yo: a la razón de varios tiempos. Y este es el más atrevido e interesante. Equivale a sobrevivir, no sobre una época, sobre una lengua: sobre muchos siglos y sobre el más universal de los modos de entenderse de la humanidad: el del raciocinio conocido, durante mil o cinco mil años. Quien esto haga será el precursor de un cataclismo cuyas proporciones pueden llenar de asombro a los espíritus más densos del mundo.

336

Siguiendo la metáfora de Quevedo, vela soy; pero cuanto mas arda, al contrario de lo que expresa el clásico, menos me consumo: me acerco más a la luz, que es el mejor símbolo. Tal la parábola de la vela que tanto más crece, cuanto más fuego divino la envuelve.

337

Palabras de Sócrates "No es perezoso únicamente el que nada hace, sino también el que podría hacer algo mejor que lo que hace". Dichosamente el genio aparece, en el mayor número de los casos, a su facultad de trabajo, el poder inagotable de realizarlo. La sentencia va enderezada, en mi concepto, al jardinero que pudiendo mejorar su jardín, lo deja destrozado por la hormiga.

338

Leonardo de Vinci: "Quien no puede lo que quiere, quiera lo que pueda". Lo difícil está en saber lo que puedo. Si todos supiéramos lo que podemos, sería inútil la sentencia de Vinci. Y como no lo sabemos también es inútil. Sin embargo, a veces presentimos los alcances del brazo o de la imaginación y nos aprestamos a satisfacer sus deseos creadores. El fenómeno ocurre porque, en el fondo, siempre hay algo en nosotros de lo que presentimos. Tan relativas son, pues, las palabras de Vinci como las mías. Y en eso estamos desde el principio de la obra.

339

Napoleón: "La palabra imposible no está en mi vocabulario". Esto no lo escribió en Santa Elena: lo dijo en los mejores tiempos del Imperio.

84

340

Nadie salva, entera, su obra. Del exquisito Flaubert nos queda "Madame Bovary". No se soporta, ya, la excesiva adjetivación de "Salambó", que, como ciertas novelas de la ingenua América, recuerdan el amaneramiento del estilo precioso, pesado y cursi, aunque su celebridad pretenda excusarlas. No hay quien intente leerse entero a Balzac, a Hugo, a Dumas. Y cuando, como en el caso de Goethe, agotamos los confines de una comarca literaria, a esto nos induce más que la confianza, la curiosidad de ejercer un completo dominio sobre ella. Por otra parte, la producción gigantesca, en todas las disciplinas del espíritu, nos impulsa a la conquista de lo mejor, en cada hombre; de lo preciso e indudable que haya producido. Los autores más ágiles buscan, en presencia de este fenómeno, sobre todas las cosas, la calidad, la concisión, la síntesis. Ahora no se impone, si no es por la moda, el estilo sin fondo, majestuoso, de otros tiempos, como no sea en ciertos países semicultos del nuevo mundo.

341

No siempre es hija, la moda, de las necesidades esenciales de una época. A veces la provocan los industriales a fin de vender sus productos; o los literatos sin una honda preparación mental, para entretener a los lectores atrasados, que constituyen la gran masa anónima del público. Lo mejor de cada época sigue siendo un patrimonio de minorías ilustradas.

342

Lo que tiene de pesado el genio alemán, lo tiene de ligero el italiano, de parsimonioso el francés, de frío el británico y de porfiado el español. Lo que de heroico España, de sobrio Inglaterra, de equilibrado Francia, de fino Italia y de profundo Alemania.

85

343

Olvidan los necios que el Imperio espiritual de Roma, la eterna, sigue en su obra dominadora, en los mejores idiomas, en el derecho y en la religión. Y que Italia entera forma el cuadrante de la Roma contemporánea.

344

Grecia, la antigua, produjo más numerosos y más grandes hombres, en cinco siglos, que todo el mundo en el siglo XIX y en el XX. Este fenómeno pertenece al dominio de los misterios culturales. Bien vale morir, como Byron, por la Grecia moderna, en recuerdo de la antigua.

345

Cuando, estimado Emilio, Paul Valéry escribe que "lo esencial no es encontrar sino incorporar lo que se encuentra", no niega lo original: no hace otra cosa que indicarle su función más fecunda. Por otra parte, lo esencial en un proceso no es, aunque a veces parezca lo contrario, ninguno de sus pasos de desarrollo: lo es el proceso entero. Ciertamente que la finalidad es incorporar lo que se busca. Pero ha de buscarse y de encontrarse antes de alcanzarla. ¿Qué es lo más importante en el acto de que un brazo se alce con el fin de alcanzar la fruta de un árbol? Un niño dirá que el desprendimiento del fruto; un médico, que el brazo se conserve sano en tanto ejecute el movimiento; Ud. y Valéry, que el hecho de digerirlo. Pero el filósofo engloba el proceso entero puesto que sin él no se realiza ninguno de sus períodos. La relatividad repugna el estilo absoluto de los escritores determinativos.

346

Lo esencial de una cosa, metafísicamente hablando, es la cosa misma. Los clásicos han creído en que los cuerpos se componen de dos extremos diferentes: esencia y forma. Pero

¿en qué sitio termina lo esencial y empieza la forma? ¿Por qué la forma y la esencia clásicas son proporcionales y paralelas? ¿No será que la una sea la continuación de la otra y por tal motivo se rige por las mismas leyes? Y donde hay ley, hay esencia. Luego la forma es esencia. La matemática y el pensamiento ultramodernos—véase mi teoría de la segunda dimensión—, concluyen que el mundo es quieto, porque nada perece. Y la forma es algo: no es la nada. Por tanto es esencial para la filosofía contemporánea.

347

Hay muchas formas de obtener la serenidad espiritual: a), por el relativo vacío interno, conservado en los momentos de cesar en la acción estímulos internos y externos de gran poder; b), por el dominio voluntario de sí mismo, que puede existir en un individuo de suyo tranquilo, acostumbrado a huir de la excitación de sus ideas y el desbordamiento de su emotividad; c), por el acomodo, en aguda armonía, de las grandes pasiones concertadas en él. Estas, entre las más importantes formas de la serenidad. Como puede observarse, los hombres serenos obtienen tal estado de ánimo, no por el vacío subjetivo, tan solamente: además, por el concierto musical mismo de los tumultos que padece el alma del hombre. Conviene saberlo con el ánimo de explicarse, por ejemplo, la magnífica serenidad de Goethe. Si hubiera sido producto de una mediocre mansedumbre de sus ideas y de sus sentimientos, no le habría transmitido a su obra el fuego que la conserva. Porque, a decir verdad, lo excelso es cosa pasional. bravía: indómita en los dionisiacos; domeñada, aunque imponente, en los apolíneos al modo de Goethe. Por eso he dicho siempre: fuego soy y cuanto más combustible lo provoqué, más descenderá hasta él el soplo divino.

348

Para aplicar bien la mejor máxima, es preciso adaptarla, con gran cautela, al motivo concreto que la demande. No hay zapatos, a la medida, que no transforme el uso.

Mi vitalismo no se contrapone al conceptualismo: lo absorbe. Establece sus relaciones con él, en cada caso particular, porque persigue lo neo-positivo de la realidad ideológica y del flujo interno, con sus sentimientos y sus voliciones. La angustia es su estímulo de movimiento; el gesto, su forma pragmática; el desborde, su táctica de combate: desborde sobre el instante vital e integral, en un espacio determinado, a fin de trascenderse a sí mismo. Satisface sus necesidades presentes; y se prepara a la conquista de un nuevo gesto para resolver las futuras. No es sólo conciencia: es subconciencia y supraconciencia; cosa clara y misterioso secreto. Es el desplazamiento del hombre-idea, por la fórmula batalladora, heroica, infinitista, insaciable, del hombre-hombre. Es un plan multiforme de lucha que lo impulsa a agotar, frente al cosmos, sus posibilidades de vivirlo todo, sin el límite del sistema y sin la quietud lógica de los clásicos. Mi vitalismo es el todo humano que busca, en los confines del mundo, y en sí mismo, el conjunto universal que lo espera y lo excita.